

***TODO VERDOR PERECERÁ: EL VIAJE NIHILISTA DE ÁGATA ENTRE LA
TIERRA Y EL ASFALTO***

JOSÉ ALEJANDRO JARABA GÓMEZ

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
MEDELLÍN, LAURELES
ESTUDIOS LITERARIOS
MEDELLÍN
2025**

***TODO VERDOR PERECERÁ: EL VIAJE NIHLISTA DE ÁGATA ENTRE LA
TIERRA Y EL ASFALTO***

JOSÉ ALEJANDRO JARABA GÓMEZ

Trabajo de grado para optar por el título de Profesional en Estudios Literarios

Asesor

JUAN CARLOS JIMÉNEZ TOBÓN

Filólogo hispanista y Magíster en Literatura

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
MEDELLÍN, LAURELES
ESTUDIOS LITERARIOS**

2025

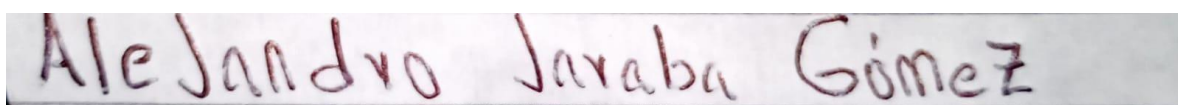
FECHA

22 de julio de 2025

NOMBRE

José Alejandro Jaraba Gómez

El contenido de este documento no ha sido presentado con anterioridad para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en esta o en cualquiera otra universidad

FIRMA DEL AUTOR

Alejandro Jaraba Gómez

Tabla de contenido

| | |
|---|-----|
| RESUMEN | 5 |
| INTRODUCCIÓN | 6 |
| Capítulo 1: revisión general de la consciencia del absurdo | 18 |
| 1. Existencialismo | 18 |
| 2. Existencialismo en Hispanoamérica | 29 |
| 3. El existencialismo y Eduardo Mallea | 36 |
| Capítulo 2: La tensión entre lo interior y lo exterior: construcción del nihilismo en Ágata | 42 |
| 1. El contexto de la zona rural y la decadencia de la vida agraria | 42 |
| 2. El nihilismo de Ágata en la experiencia de la vida agraria y rural | 49 |
| I. Semblante general de personajes y de ambiente | 49 |
| II. La ilusión del matrimonio y el conflicto nihilista entre Ágata y Nicanor Cruz | 57 |
| III. La muerte de Nicanor Cruz como punto límite del nihilismo | 64 |
| Capítulo 3: La ciudad como espejo del abismo: Ágata y el nihilismo encarnado | 70 |
| 1. El contexto de la ciudad y la desilusión de la vida citadina | 70 |
| 2. La actitud nihilista de Ágata en la experiencia de la metrópoli moderna | 78 |
| I. Descripción de personajes y de ambiente | 78 |
| II. Relación amorosa y ruptura entre Ágata y Sotero | 85 |
| III. Punto final del nihilismo pasivo de Ágata | 91 |
| CONCLUSIÓN | 97 |
| BIBLIOGRAFÍA | 103 |

RESUMEN

Este trabajo investigativo se centra en analizar la construcción narrativa del malestar del nihilismo en la novela *Todo verdor perecerá* (1943) del escritor argentino Eduardo Mallea, a través del personaje principal (Ágata) y de las relaciones que entabla éste con los demás personajes (Nicanor Cruz, Ema de Volpe y Sotero) y con el medio espacio - temporal que habita, a saber, el contexto de la zona rural y la ciudad.

PALABRAS CLAVE: Nihilismo – Existencialismo – Siglo XX – Decadencia rural – Decadencia Urbana

INTRODUCCIÓN

La novela objeto de estudio se llama *Todo verdor perecerá* (1943), escrita por Eduardo Mallea, y el tema de investigación es el problema moderno del nihilismo. Esta novela plantea, a través de su personaje principal (de nombre Ágata), la encrucijada del malestar nihilista: el choque entre el deseo personal y los acontecimientos inevitables del mundo exterior. Ágata, atrapada la mayor parte de su vida en un vacío constante, representa la desconexión entre la voluntad individual y los hechos concretos de la existencia que no pueden manipularse a la conveniencia del sujeto. A lo largo de la narración, los sucesos que atraviesan su vida llevan a que experimente movimientos de espíritu que fluctúan entre la desesperación y los impulsos vitalistas, contribuyendo así a que su estado psicológico se vea transformando según el espacio, el tiempo y los personajes con los que se relaciona.

Es de suma importancia para el trabajo investigativo rastrear y analizar las formas en que las condiciones materiales propician la aparición de la actitud nihilista a lo largo de la narración. El nihilismo, tal como dice Friedrich Nietzsche en *Voluntad de poder* (1985), es un síntoma ocasionado por factores espacio temporales, es un malestar psicológico producido por un ambiente de decadencia general (21). Por ello no deja de ser importante para el desarrollo de la investigación entender cómo está configurado el contexto histórico y narrativo dentro de la novela, en el sentido de que las circunstancias por las que atraviesan los personajes –en especial Ágata, foco del análisis- influyen en su psicología y perspectiva del mundo. En el proceso de desarrollo de las ideas, este factor del cronotopo ha de observarse especialmente en temas tales como el contexto socio económico y político, tanto de la Argentina como del mundo, al momento de la narración, con énfasis en puntos como la “Década Infame”, el

tránsito del campo a la ciudad, y la Segunda Guerra Mundial. Estos eventos, cabe recalcar, no son nihilista en su esencia, pues este fenómeno no existe por sí mismo en la realidad, pero sí afectan la consciencia de Ágata y terminan por determinar en ella una actitud de desesperación y vacío. Por supuesto, dentro de la configuración del espacio y el tiempo, analizar la infancia de Ágata, sus primeros años de juventud, es de importancia significativa para comprender por qué, ya desde los inicios de su existencia, las condiciones llevaron a que desarrollase una psicología nihilista del mundo.

Para el propósito de esta investigación, puesto que se aplica a una novela un análisis a partir de un concepto filosófico, es necesario partir de las relaciones que siempre han existido entre filosofía y literatura. Particularmente en la novela objeto de estudio, la relación entre las dos disciplinas no se dificulta puesto que el propio Eduardo Mallea, en textos como *Notas de un novelista* (1954) y *Poderío de la novela* (1965), recalca la idea de que la narrativa –y en especial sus propias novelas- no puede pensarse como un fin en sí mismo, como gusto estético o pasatiempo, sino como método de conocimiento de lo humano. A propósito de esto dice Zunilda Gertel que

“esta nueva actitud narrativa acentúa el predominio del desarrollo del pensamiento como método hacia la busca de una verdad ideológica. Es por ello que Mallea defiende la presencia de un cuerpo ensayístico-filosófico que funciona en la novela como cauce de la visión de mundo del autor y se transfiere en peripecia y conflicto narrativo. Novelar, contar, es dar valor estético a las más diversas formas del conocer” (*La novela de Mallea como método de conocimiento*, 179).

Por otro lado, esta relación se establece a partir de dos conceptos sumamente útiles para entender de qué forma se conectan las dos disciplinas. Estos son: “género próximo” y “diferencia específica”. En cuanto al primero, en el texto titulado *Múltiples miradas: un breve recorrido por la literatura comparada y su uso pedagógico* (2018), Juan Carlos Jiménez Tobón lo define como la relación evidente entre la materia compositiva de que se valen tanto la filosofía y la literatura, en tanto que las dos tienen como referencia a la realidad, a partir de la cual elaboran sus ideas (136). El segundo concepto Jiménez Tobón lo define como la diferencia de actitud, que en la relación entre filosofía y literatura se manifiesta principalmente en la forma, siendo el lenguaje literario mayormente estético, y el lenguaje filosófico más lógico (136). Estos dos conceptos, al momento del análisis, permiten el desarrollo de ideas filosóficas dentro de la novela, sin por ello caer en una investigación ajena a los estudios literarios y más bien perteneciente a la disciplina filosófica, puesto que, para entender toda la riqueza estética y de pensamiento es necesario utilizar con ese propósito las herramientas de la filosofía.

Con lo anterior dicho, la relación entre filosofía y literatura se encuentra, en esta investigación, en el estado psicológico nihilista de Ágata, en el sentido de que ella representa ese malestar moderno, lo personifica y lo vive a través de los hechos de la narración.

Para el análisis de las relaciones de espacio y de tiempo narrativos e históricos al interior de la novela, el concepto de cronotopo es fundamental. Al ser uno de los propósitos de la investigación entender en qué medidas las circunstancias y los estímulos del mundo exterior afectan la psicología de Ágata, el cronotopo contribuye a entrever las complejas conexiones que se establecen entre el medio espacio – temporal y la actitud nihilista de ésta. Así, tanto

el contexto político y social (Década Infame y Segunda Guerra Mundial) como el tránsito de la vida rural a la citadina que se narran en la novela, ameritan ser analizados con esta herramienta conceptual, pues, como la define Bajtín:

“en el cronotopo artístico literario tiene lugar la unión de los elementos espaciales y temporales en un todo inteligible y concreto. El tiempo se condensa aquí, se comprime, se convierte en visible desde el punto de vista artístico; y el espacio, a su vez, se intensifica, penetra en el movimiento del tiempo, del argumento, de la historia. Los elementos del tiempo se revelan en el espacio, y el espacio es entendido y medido a través del tiempo.” (*Teoría y estética de la novela*, 280)

Además de esto, cabe recalcar la idea de que en toda la obra de Eduardo Mallea la importancia del ambiente narrativo es importante para entender el sentido de la propuesta estética. Mallea dio en su narrativa un relieve importante al hombre que vive en el campo, en las profundidades de la vida trabajosa del sector rural, en contraposición al hombre de la ciudad, que gasta su vida en afanes intrascendentes y que no reflexiona en lo esencial y lo más necesario de la existencia. En *La novela de Mallea como método de conocimiento* se dice que

“Para interpretar la novela de Mallea es importante ubicarla en una geografía y un tiempo específicos; la geografía de un país con firmes raíces en el extremo sur, en el aislamiento y desamparo de los vientos australes. Hay un latente determinismo en la visión del paisaje vital argentino. Por una parte, la llanura, sólo dominada por la constancia de los pioneros que descubrieron la riqueza invisible; por otra, Buenos Aires y las voces silenciosas de la bahía en el estatismo de su río” (Gertel, 182)

El presente trabajo hace un énfasis significativo en el problema del nihilismo en el mundo moderno. Este concepto filosófico puede rastrearse en muchos fenómenos de la vida humana, y no necesariamente debe estar siempre asociado exclusivamente cuestiones intelectuales. En realidad, al ser un fenómeno de la consciencia, un estado psicológico, todas las esferas de actividad humana pueden verse afectadas por el virus de la actitud nihilista.

En sentido etimológico, este concepto se debe entender “como una primera definición indica, siquiera por respeto a la etimología, el nihilismo -de nihil, nada- es el pensamiento obsesionado por la nada.” (*Nihilismo*. Volpi 7) La problemática de la “nada” encuadra dentro de la temática y la trama de la novela objeto de estudio. Ágata, atrapada siempre en las estrechas paredes de su estado psicológico, mantiene a lo largo de la narración una tendencia hacia la “nada”, hacia la desesperación y el absurdo, actitud que sólo se ve modificada en ciertas circunstancias y cuando entra en contacto con algunos personajes. Su personalidad, ya desde su juventud, muestra no tener puntos de apoyo, soportes vitales, siendo la soledad y el tedio constantes los dos únicos elementos que acompañan su vida.

El análisis nihilista de su personalidad resulta adecuado en términos teóricos pues “el nihilismo es (...) la situación de desorientación que aparece una vez que fallan las referencias tradicionales, o sea, los ideales y valores que representan la respuesta al para qué, y que como tales iluminaban el actuar del hombre” (Volpi 6). Nada en la vida representa para ella un punto de anclaje en el cual pueda apoyarse; antes bien, la evocación constante de las experiencias de su juventud, por más llenas de soledad y miseria que puedan estar, son en la narración su única fuente de esperanza, aunque esta esperanza nazca muerta desde un inicio. No hay en su vida un “para qué”, una “finalidad”, una aspiración de “unidad”, y mucho

menos un “sentido”, todo lo cual diagnostica el malestar del nihilismo al interior de su psicología. Ágata es en sí fatalmente nihilista, incapaz de hallar nuevos horizontes en donde los deseos personales puedan llevarse a cabo. Cada vez que intenta superar aquel estado, su misma lógica psicológica la arrastra de nuevo a mantener invencible un espíritu nihilista, ya que

“el nihilismo, como estado psicológico, surgirá, primeramente, cuando hayamos buscado un sentido a cualquier suceso que no lo tenga, de manera que el que busca termina perdiendo el ánimo. El nihilismo es entonces el despilfarro de un largo período de fuerzas, la tortura del en vano, la inseguridad, la falta de oportunidad para rehacerse de alguna manera, de tranquilizarse todavía con cualquier cosa (...)” (*Voluntad de poder*, 1151)

Desde luego, como se afirma en el párrafo anterior, la actitud de Ágata empieza siendo nihilista y termina de igual modo; sin embargo, no pretende afirmarse con esto que su nihilismo sea siempre el más destructivo y radical de todos. Por momentos, y en especial durante la segunda parte de la novela, su estado psicológico se transforma en medio de la relación amorosa que mantiene con Sotero, personaje importante para entender precisamente este cambio de perspectiva. No es que Ágata deje de ser nihilista, puesto que incluso durante esta aventura amorosa el vacío y la desesperanza se mantienen vehementes en su interior; lo que sucede es que su anterior nihilismo da paso esporádico a un tipo de nihilismo de marcadas tendencias vitalistas.

Para entender este cambio de estado psicológico en Ágata, es necesario recurrir a dos conceptos claves dentro de la reflexión teórica que Friedrich Nietzsche dedica al problema del nihilismo. Nietzsche establece la idea de que el nihilismo, como fenómeno cultural

puramente humano, no representa necesariamente siempre un castigo para el hombre. El problema con el nihilismo, desde su perspectiva, es que invita a la resignación y, por ende, a la incapacidad de crear nuevos valores vitalistas para el fortalecimiento del ser humano. Llama él a este estado de incapacidad y mediocridad “nihilismo pasivo”. No obstante, hay otro tipo de modalidad de este fenómeno que, por supuesto, debe destruir en un primer momento con todo aquello que no coincida con la voluntad de poder, pero que luego de este período radical, permita el surgimiento de un estado de creatividad y vitalismo tales que den paso a la creación de nuevos valores para la existencia. Esta modalidad la llama Nietzsche “nihilismo activo”. Dentro del marco de la filosofía nietzscheana, estos dos conceptos se definen así: “el nihilismo tiene doble sentido: A) El nihilismo como fuente creciente de poder del espíritu: nihilismo activo. B) El nihilismo como decadencia y retroceso del poder del espíritu: nihilismo pasivo.” (1157)

Es importante mencionar la razón de ser de este trabajo investigativo. La mayor parte de las investigaciones y estudios que se han hecho sobre la obra de Eduardo Mallea han estado enfocados principalmente en análisis estilísticos y políticos. La bibliografía encontrada evidencia una falta de estudios desde la perspectiva de la filosofía, lo cual, desde los objetivos establecidos aquí para el desarrollo del análisis de *Todo verdor perecerá* (1943), afecta al sentido total de las propuestas estéticas de Mallea. Ya desde el primer capítulo interesa dejar en claro, desde las palabras propias del autor argentino, las relaciones entre sus novelas y el pensamiento ensayístico y filosófico. No se quiere decir con esto que hasta la fecha nadie haya intentado establecer puentes de esta manera, pues la muestra de ello se ve en textos como *La novela de Mallea como método de conocimiento*, de Zunilda Gertel. A pesar de esto,

el trabajo pretende aportar nuevas miradas sobre la importante relación que existe en su obra entre el pensamiento y la narración, en este caso enfocándose en la novela *Todo verdor perecerá* y utilizando la herramienta conceptual del nihilismo.

Ahora bien, es apropiado comentar algunos aspectos de la vida y obra de Eduardo Mallea, todo con la intención de iluminar más el análisis que se propone este trabajo. Lo más sobresaliente que debe mencionarse a este respecto, es el hecho de que Mallea siempre fue un convencido del papel de la literatura en la formación de la consciencia de los individuos y de la sociedad. En su visión, la literatura debe estar comprometida con su tiempo, ser responsable y sacrificarse con la intención de desvelar los conflictos y el alma de la época. En Mallea no existe una literatura que sólo tenga un aspecto de gusto estético o de diversión; más bien, hay una intención de predicar una enseñanza, una experiencia de vida que busca impregnar a los lectores de una consciencia profunda sobre el mundo en que viven. Esta idea de la literatura la defendió Mallea en varios textos; en uno de ellos dice:

“Aquella eterna oscilación de la literatura, de que nos habla un gran poeta francés, entre la diversión, la enseñanza, la predicación o propaganda, el ejercicio de sí y la excitación de los otros se circunscribe ahora, se fija, en estas últimas prácticas y con particularidad en la predicación o propaganda. El creador entra a gritar con sus personajes la dramaticidad esencial de sus conflictos; su obra es un llamado.” (*Notas de un novelista* 4)

Sin embargo, no sólo la literatura cumple el papel de ser una predicadora de los problemas morales del hombre; el escritor mismo debe de ser parte, en su vida y en su oficio, de la responsabilidad y el sacrificio para con los problemas humanos de su tiempo. El escritor ya no puede ser aquel que se aparta del conflicto, aquel que permanece encerrado y ensimismado

en las estrechas paredes del “arte por el arte”. Mallea defiende la concepción de un escritor comprometido, capaz de vivir en carne y hueso las contradicciones del momento. Para ello, distingue entre dos tipos de escritor: el escritor – espectador y el escritor agonista. El primero se define como aquel que vive su vida a través de su obra, completo los vacíos de su existencia por medio de páginas y páginas de narración, rellenando los espacios mudos de su existencia con ayuda de las palabras. Por el contrario, el segundo es el intelectual que vive trágicamente el destino de su época, que realiza su obra mediante el compromiso y el riesgo de su propia existencia. El escritor – agonista fue el ideal de intelectual que predicó Eduardo Mallea; él mismo fue un escritor de esta especie. Y la misión de este tipo de intelectual era encarar la situación del mundo y ser testigo para los demás de los enormes problemas espirituales del hombre moderno, pues “nuestro mundo, el invernal, peligroso y grave mundo de hoy reclama urgentemente esta segunda especie de inteligencias, esta índole de naturalezas espirituales, esta participación dramática del hombre-autor en el drama de su tiempo.” (*Notas de un novelista 2*)

La vocación de Eduardo Mallea fue de total sacrificio y de crítica aguda de su tiempo. Al igual que otros grandes escritores del momento (Thomas Mann, Robert Musil, etc.) cuestionó con gran precisión los sombríos interrogantes del siglo XX, sin caer con ello en el pesimismo. Tuvo relaciones con el movimiento existencialista, aunque no puede aseverarse que haya sido parte del grupo; sin embargo, en sus obras se exhibe la angustia del sujeto moderno atormentado, en permanente lucha por descubrir el incógnito misterio de la existencia y por construir un paradigma ético que le saque del pesimismo y del nihilismo. Su papel como escritor siempre estuvo atravesado por el convencimiento de que el intelectual debía ser el

gran observador y profeta de su tiempo. En *Eduardo Mallea: coherencia de una vocación*, Marta Baralis retoma unas palabras del escritor argentino acerca de la actitud del nuevo intelectual:

“la única vocación que el escritor puede permitirse –dice enfáticamente- es una vocación de humanidad; de la compleja tarea del escritor de este tiempo señala como más sobresaliente el haber sustituido la delectación estética por un vasto verbo testimonial. Este testimonio entraña una sentencia profética, de ahí su propia trascendencia, de donde se deducen las conexiones que ese verbo necesita tener con el universo trascendental y común.” (80)

¿Por qué no se lee a Mallea hoy? En su momento fue bastante leído, traducido a varios idiomas y elogiado por personajes tan insignes como Jorge Luis Borges. Su olvido se debe a varias razones, quizá relacionadas con un nuevo gusto y público lector, porque quizá los autores del presente tienen más popularidad que los viejos, o quizá también porque la muerte hace desaparecer la huella de la vida en la mente de los hombres. En todo caso, hoy la obra de Mallea no hace parte de las prioridades de casi ningún lector. Dentro de las motivaciones que llevaron a decidir la elaboración de este trabajo investigativo, se encontraba la de retomar a un autor de grandes dotes literarias que injustamente había sido dejado de lado, que no sólo fue un gran novelista, sino también un hombre de ideas y de convicciones, que daba al escritor y al intelectual un papel importante dentro del mundo moderno, un papel que no cualquiera podía ocupar, y sí sólo individuos que contaran con las cualidades que él mismo describió: “instinto, inteligencia, sensualidad, sentimiento, nada quiere cercenarse en esta hora el hombre que debe proclamar su llamado lúcido a los públicos. Sabe que sólo se salvará –en

el sentido religioso del término— viviendo todo él, como la llama, que unifica en su lengua la sustancia heterogénea. (*Notas de un novelista 4*)

Dicho lo anterior, para desarrollar esta investigación, lo primero y más fundamental es establecer las relaciones profundas que existen entre filosofía y literatura. Es necesario partir de este marco, pues permite abrir el desarrollo del análisis a través del prisma de la filosofía. Para ello el primer capítulo de este trabajo va a estar dedicado a profundizar en la relación entre tradición filosófica y literaria, dialogando con distintos autores y en especial con el propio Mallea, quien, como ya se dijo más arriba, nunca desvinculó su oficio literario con un interés genuino por la filosofía y el ensayo. Al mismo tiempo, en este capítulo interesa defender la idea de por qué la novela objeto de estudio no puede ser entendida si no se parte de un análisis filosófico, siendo el sentido de la novela, al menos desde esta perspectiva, retratar el malestar del nihilismo.

Posteriormente, prosiguiendo con el análisis, el segundo capítulo va a estar enfocado en las relaciones espacio temporales que se plantean en la novela y en las relaciones que éstas entablan con Ágata, en la medida en que afectan su estado psicológico y la conducen a una actitud nihilista. En este sentido, este capítulo va a estar centrado en describir y analizar la situación histórica de la zona agraria y rural, y en entender de qué manera se relaciona tal situación con las relaciones conyugales entre Ágata y Nicanor Cruz.

Después de esto viene un tercer y último capítulo, el cual va a estar centrado en el análisis y descripción de la vida citadina a nivel histórico, y cómo su representación en la novela se relaciona con la actitud nihilista de Ágata. Este capítulo hace énfasis en la relación amorosa y en la ruptura trágica que experimentan Ágata y Sotero, suceso de vital importancia narrativa

en la medida en que lleva a Ágata a una fase terminal del nihilismo, que culmina con una muerte simbólica, que representa la desesperación y la desesperanza.

Capítulo 1: revisión general de la consciencia del absurdo

1. Existencialismo

La filosofía existencialista moderna tiene sus orígenes más remotos en la obra de Soren Kierkegaard (1813 – 1855). En el texto *Las tres edades del existencialismo*, de Pietro Prini, el autor danés es considerado parte de la etapa romántica de la historia del existencialismo. Su influencia ha sido grande, siendo de los primeros en abrir un panorama nuevo para la filosofía. La importancia de Kierkegaard radica en haberse enfocado en los aspectos negativos de la existencia, entre ellos la *angustia*, y haberse opuesto a la visión hegeliana de la razón como la capacidad humana que puede resolver todas las incógnitas del mundo.

Uno de los puntos centrales de la filosofía de Kierkegaard es la noción de *posibilidad*. En una gran parte de la tradición filosófica, esta noción ha sido vista como una multiplicidad de acciones que tienden hacia un fin correcto, justo o lógico. Pero desde la perspectiva del filósofo danés, la posibilidad de la realidad no necesariamente deviene en una finalidad racional y deliberadamente buena para el ser humano, antes bien, si existe la posibilidad de que los eventos se den positivamente, también cabe la posibilidad de que no se den y se muestren, así, en su aspecto negativo, puesto que “toda posibilidad es, en efecto, además de *posibilidad de que sí*, siempre *posibilidad de que no*; implica la nulidad posible de lo que es posible, y, por tanto, amenaza de la nada.” (Abbagnano 68). En efecto, la amenaza terrible de la nada y del vacío frecuentan y acechan la experiencia de la realidad, repercutiendo en la sensación de angustia del individuo.

Las posibilidades negativas de la existencia atemorizan al sujeto en el momento en que éste toma plena consciencia de la ruptura que hay entre sus aspiraciones y deseos individuales y la contingencia de la realidad. Ser consciente de la posibilidad de la nada implica contemplar con desconfianza cada una de las alternativas que la vida propone, además de comprender que la razón no siempre puede desvelar la realidad y, por tanto, no contribuye en todo momento al sosiego de la mente:

“en un sentido incluso más categórico, la desesperación es la enfermedad mortal; el gran tormento del desesperado consiste en no poder morir. Su situación es similar a la del agonizante que únicamente desea morir, pero no puede hacerlo. Desesperar es la total ausencia de esperanzas y ni siquiera le queda la esperanza de morir (uno quiere morir cuando conoce un peligro mayor o más espantoso que la muerte). Kierkegaard comprende la desesperación como la enfermedad mortal.” (Figueroa 63)

De esta manera, la separación y la distancia infinita que hay entre la divinidad y el hombre exagera aún más la posibilidad de la nada y del vacío, y al ser la divinidad lo más inalcanzable desde la óptica de la razón, el sujeto sólo puede aferrarse a la experiencia de la angustia y de la incertidumbre.

La angustia atemoriza al ser humano en el momento en que la nada acecha al futuro. En el instante en que el sujeto toma consciencia respecto a la posibilidad negativa que puede traer la existencia, nace en su interior un sentimiento de angustia que corroe toda su potencia vital, y lo incapacita para afrontar los hechos de la vida. La parálisis producida así por el temor de que la posibilidad de la realidad no se presente en términos racionales y lógicos bien puede denominarse consciencia del absurdo en tanto que

“la angustia está ligada a lo que no es, pero puede ser, a la nada que es posible o a la posibilidad aniquiladora. Está vinculada estrechamente a la condición humana. Si el hombre fuera ángel o bestia, no conocería la angustia; y, de hecho, falta o disminuye en los estadios que degradan o inclinan hacia la bestialidad, en aquella *espiritualidad* por la cual el hombre es demasiado feliz y está demasiado privado de espíritu.” (Abbagnano 73)

Es parte de la condición humana vivir en la angustia, y, por tanto, también hace parte de su existir la consciencia del absurdo, cuya manifestación se descubre en el temor que genera la expectativa de la nada. Unido a esto, Soren Kierkegaard plantea tres formas de existencia o estadios como distintas alternativas de afrontar el sentimiento de la angustia. En los libros como “O lo uno o lo otro” (1843) y “Temor y temblor” (1843), el autor danés describe y expone los estadios estético, ético y religioso. El primero es el de aquel que vive de instante huidizos, que encuentra en los detalles más pequeños de la vida placer y felicidad, incluso si es acosta de fabricarse mundos de fantasía que poco tienen que ver con la realidad. Sin embargo, este estadio cuenta con un defecto: el hombre esteta en el fondo vive desesperadamente, y solamente es gracias al tedio que experimenta, que es capaz de hallar motivos para vivir: “el esteta es el que vive poéticamente, es decir, el que vive a la vez de imaginación y de reflexión. Está dotado de un sentido finísimo para hallar en la vida lo que hay de interesante en ella, y sabe tratar los casos vividos como si fuesen la obra de la imaginación poética.” (Abbagnano 70)

En cuanto al estadio ético, se trata de un momento en la vida del hombre que corresponde con el deber y con la responsabilidad; no es la fantasía y la búsqueda de placer quienes guían al hombre, ahora es la moralidad quien toma el mando, en tanto que “el dominio de la ética

es el de la reafirmación, del deber y de la fidelidad consigo mismo. Su característica es la elección que el individuo hace de sí mismo, y con la cual acepta la tarea que le ha sido señalada en la vida.” (Abbagnano 70) Así pues, en este instante es cuando el hombre se elige a sí mismo, se escoge entre múltiples posibilidades, discriminando todo aquello que no le permite avanzar, incluyendo las ilusiones y fantasías que no corresponden con la realidad, otorgándole así mayor estabilidad.

Sin embargo, entre esta vida moral y el estadio siguiente, el religioso, hay un abismo infranqueable. Tanto la vida estética como ética procuran un alivio para con la angustia de la existencia, pero lo mismo no ocurre con la experiencia religiosa. Aquí no predomina ni la felicidad ni la moralidad: la *fe* es el valor supremo. Sin embargo, en la filosofía de Kierkegaard no puede decirse que la fe sea sólo esperanza por un mundo que aún no puede verse, más bien aquí la fe es lo más cercano a la angustia experimentada por el hombre, pues “la fe es propiamente la certeza angustiosa, la angustia que tiene la certeza de sí misma y de una oculta relación con Dios.” (Abbagnano 71)

Habiendo hablado ya del autor *pedra angular del pensamiento existencialista*, es necesario esbozar algunas ideas del existencialismo propiamente hablando, para así demarcar una ruta de análisis. Cabe aclarar, en este sentido, que tanto Kierkegaard como Pascal y Nietzsche insistieron en el componente existencial de la filosofía; esto fue importante porque influyó en una larga serie de escritores y pensadores de quienes los nombres de Dostoievski, Kafka, Karl Jaspers, Jean Paul Sartre, Albert Camus, entre otros, son conocidos por un amplio público. En todos estos escritores “el tema de la inseguridad fundamental de la vida, contra la cual no valen reparos ni refugios; el tema de la llamada incesante a una realidad estable,

segura, luminosa, que continuamente se promete y anuncia al hombre y continuamente escapa; el tema de la caída de la insignificancia y en la banalidad cotidiana, que le quita al hombre hasta su carácter humano; todos estos temas son otras tantas transcripciones (...) de posiciones filosóficas que son propias del existencialismo contemporáneo” (Abbagnano 485). En este sentido, la historia del existencialismo moderno cuenta con una gran cantidad de nombres que, téngase en cuenta, comparten posiciones diferentes entre sí y no necesariamente siguen fielmente unas normas filosóficas o estéticas comunes; sin embargo, sí puede decirse que comparten un marco y un núcleo comunes en los que los problemas asociados a la experiencia angustiosa del individuo se revelan como los más esenciales.

Desde la perspectiva de Nicola Abbagnano, el existencialismo es considerado como la crisis de la filosofía, o, para ser más precisos, la crisis final y definitiva de los planteamientos filosóficos del período romántico (485), cuya tumba definitiva cava el existencialismo dando al hombre no la seguridad de ser el centro del mundo, sino la dándole la angustia de sentirse parte de la nada y del absurdo. De esta manera, el movimiento existencialista representa una ruptura en contra de los ideales románticos, que suelen elevar al hombre a la categoría de absoluto, y también una *fuera* en contra de los postulados ilustrados y de las categorías de progreso, de razón y de civilización. Con el existencialismo el hombre se ha vuelto consciente de su finitud y ha sido capaz de darse cuenta de sus limitaciones naturales, entendiendo que la razón y los monstruos nacidos de ella tienen un límite al cual no pueden superar sin que al mismo tiempo se tienda a la desvalorización de la existencia humana, reduciéndola al automatismo y la enajenación.

El existencialismo ha tenido diversas perspectivas que, incluso, han llegado a tener contradicciones entre ellas, sin que por ello pueda afirmarse que no exista un núcleo de la filosofía existencial, pues es cierto que tal sí está presente en el amplio abanico de autores a los que se les atribuye el nombre de existencialistas. Este núcleo se resume en el reconocimiento de que la condición de incertidumbre y de peligro no se reduce sólo a la experiencia del hombre, sino a la realidad misma. La conciencia del absurdo es producida, de esta forma, no sólo porque pertenezca a un hecho de carácter psicológico, sino también porque la realidad se presta para una interpretación ilógica y angustiosa. En un mundo en que las masas gobiernan sobre el individuo aplastando toda posibilidad de originalidad individual, y en que el progreso técnico transforma en un autómatas al hombre sin oportunidad de enaltecer su sensibilidad frente a la vida, la angustia y el absurdo, y, por tanto, el nihilismo, se manifiestan como las únicas vías de experiencia posibles para el hombre moderno.

Un hecho importante a resaltar es que el existencialismo no defiende ni la pasividad ni el derrotismo frente a la vida, al contrario, defiende la existencia auténtica y la sensibilidad plena, dos hechos que la modernidad ha hecho desaparecer. Los existencialistas se han opuesto a la razón ilustrada dando a las emociones un espacio en el sentir de la experiencia humana, además de oponerse a la exacerbación del pensamiento positivista y científico, retomando para ello tanto a la filosofía como al arte como medios que observan al *ser* en cuanto tal, en su manifestación más profunda: “esta es, para los existencialistas, la función metodológica de la vuelta a lo emocional, a la experiencia de la angustia, del aburrimiento, del desarraigo, del sentido de la prueba.” (Prini 12) El existencialismo se presenta, así, como

una filosofía con marcadas tendencias vitalistas que intenta luchar contra el nihilismo imperante de la época:

“la existencia es esencialmente libertad de empeño; nosotros somos verdaderamente nosotros mismos sólo en fuerza de una elección originaria que ningún otro puede hacer fuera de nosotros y que debe continuarse en todo acto de nuestra vida. Opción, empeño, fidelidad, son palabras que irrumpen en el lenguaje existencialista y revelan la tensión constante de un comportamiento activo hacia el ser singular e irrepetible de la persona humana.” (Prini 11)

En este punto debe mencionarse insoslayablemente a Friedrich Nietzsche (1844 – 1900). Los aportes que hizo el autor alemán a lo que se denomina *filosofía de la existencia* fueron de suma importancia para los autores existencialistas del siglo XX. La fertilidad de su obra ha permitido abrir nuevos campos y explorar horizontes asociados, entre otros muchos temas, al problema del nihilismo moderno. El existencialismo que propone Nietzsche se distancia del planteado por Kierkegaard en diversos puntos, mas el enfoque en el sujeto y la importancia relativa dada a la existencia en cuanto tal, están presentes en la obra de los dos pensadores, cada uno siendo a su modo precursor de una variante de la filosofía existencialista. Ahora bien, el aspecto a resaltar de la obra nietzscheana se encuentra en el concepto y en la teoría acerca del nihilismo, cuya exposición se encuentra fundamentalmente en *Voluntad de poder* (1901).

El nihilismo, al menos desde el análisis que hace Nietzsche, nace de un ambiente general de decadencia y de corrupción; por supuesto, no significa esto que la naturaleza en sí esté corrompida, más bien es el hombre, como organismo vivo, el que se encuentra en tal estado de descomposición: “la defeción, la descomposición, el perecimiento, no tienen nada de

censurables en sí mismos; no son más que consecuencia necesaria de la vida, del crecimiento vital. El fenómeno de la decadencia es tan necesario como el del florecimiento y progreso de la vida (...)” (Nietzsche 30) Teniendo esto en cuenta, el análisis nietzscheano del nihilismo parte de una concepción apegada a los procesos de la vida, en la que la existencia cumple un ciclo de engrandecimiento y florecimiento para luego entrar en el territorio de la muerte y de la destrucción. La decadencia hace, así, parte del fenómeno vital de la materia orgánica, tanto como las enfermedades, los vicios, las desmesuras, los crímenes, etc. Desde la perspectiva del filósofo alemán, el nihilismo es una enfermedad de la consciencia, un mal psicológico que se ha engarzado al hombre y que lo lleva constantemente hacia un impulso destructivo, hacia un deseo de disolución.

¿Cuáles son las causas de esta descomposición nihilista? La filosofía nietzscheana apunta principalmente hacia los valores cristianos que han pervivido y amoldado las costumbres de los individuos durante largos siglos. Sin embargo, una mirada más amplia de la perspectiva de Nietzsche permite observar que el nihilismo procede de diversas causas, tales como la tendencia hacia el pensamiento metafísico, el enorme poder que la política posee sobre los individuos, las variadas perspectivas filosóficas que subyugan al ser humano en una visión de miseria y dolor, etc., todas las cuales tienen de común el hecho de que la voluntad del hombre se encuentra subordinada a un hecho “trascendente”, que impide el desarrollo de la libertad.

La secularización del mundo, el creciente ateísmo y el todavía más grave desencanto de la existencia, han llevado a que el ser humano padezca la decadencia. Los efectos producidos por esta etapa de descomposición son diversos y pueden tener distintas manifestaciones.

Tales consecuencias Friedrich Nietzsche las menciona en *Voluntad de Poder* (1901): la falta de sentido, la falta de finalidad, el sentimiento de pequeñez del hombre con respecto al universo, relativismo moral, escepticismo en cuanto a toda posibilidad de conocimiento, desprecio hacia la vida, desvalorización de todos los valores construidos hasta entonces y que han ayudado a conservar la vida. Todo esto se da en el hombre moderno porque el signo más evidente de la etapa moderna es que “el hombre ha perdido, a sus propios ojos, infinitamente en dignidad. Largo tiempo ha sido el centro y el héroe trágico de la existencia en general” (Nietzsche 24), y por ello mismo, cuando ha perdido su puesto privilegiado y se ha dado cuenta de que su existencia no dependía de la gracia divina, se ha visto solo en el universo, incapaz de hilar una lógica capaz de dar cuenta del mundo.

El hombre moderno es profundamente nihilista. El proceso de secularización lo ha dejado derrotado en un mundo que lo supera y que destruye toda posibilidad de estabilidad. Sin tener un punto de referencia fijo, una coordenada que le permita orientar su vida hacia un centro, el hombre se encuentra perdido, encarcelado en la falta de sentido. Al no tener ya la justificación metafísica de la autoridad divina, el relativismo y el escepticismo llevados hasta las últimas consecuencias lo paralizan en una visión nihilista radical, cuyo fin se centra en la suspensión de toda certeza y, por lo tanto, en el abandono de cualquier valor. No hay para él un “para qué”, todo se convierte en un “en vano”, lo cual de entrada hace desfallecer todo vigor o fuerza de voluntad. Al respecto dice Nietzsche:

“la pregunta del nihilismo *¿para qué?* tiene su origen en la costumbre, corriente hasta aquí, en virtud de la cual el fin parecía fijado, dado, exigido desde fuera, es decir, por una *autoridad supra humana*. Cuando se dejó de creer en ésta, buscóse, según la antigua costumbre, otra

autoridad que supiese hablar un lenguaje absoluto y ordenar fines y deberes. La autoridad de la consciencia está ahora en primera línea (...) O bien se apela a la autoridad de la razón (...) O al instinto social (...) O también a la historia, con su espíritu inmanente (...)” (Nietzsche 24)

El nihilismo, de esta manera, es una tendencia hacia la nada. El impulso que produce su fuerza tiende hacia la destrucción. Por supuesto, como explica Herrero Senés en *El nihilismo* (2009), este fenómeno no es el “ser de la nada”, en tanto que tal realidad no podría existir, sino el “valor de la nada”, pues su poder reside en desvalorizar y destruir todo aquello que se proponga un sentido y un fin (15). Este “valor de la nada” funciona como un escepticismo llevado hasta las últimas consecuencias, hasta el punto de dudar de la misma realidad material del mundo, incluso aunque tal materialidad fuera imposible de obviar por un empirismo básico. El escepticismo radical que promueve el nihilismo duda de todo lo existente, pone al revés todo lo que hasta el momento había estado derecho, o se suponía que estaba derecho. La época moderna gusta de este escepticismo, lo utiliza en su intención de desmitificar el mundo:

“El nihilismo, como estado psicológico, aparecerá, primeramente, cuando hayamos buscado un “sentido” a todo lo que pasa, que no está en lo que pasa: hasta el punto de que el que busca acaba por abatirse. El nihilismo es, entonces, el conocimiento de un largo despilfarro de fuerzas, de tortura que ocasiona este *en vano*, la incertidumbre, la falta de ocasión de rehacerse de algún modo, sea éste el que sea; de tranquilizarse sobre cualquier cosa; la vergüenza de sí mismo, como si hubiéramos estado engañados mucho tiempo...” (Nietzsche 21)

Las manifestaciones del nihilismo son destructivas, pero esto no quiere decir en modo alguno que la destrucción sea el punto final. Desde sus orígenes modernos, el nihilismo, llevando hasta el extremo el pesimismo, el escepticismo, la secularización, el relativismo, etc., ha puesto en tensión toda forma de conocimiento y de valor; sin embargo, es de suma importancia aclarar que el nihilismo, a pesar de ser destructivo, también desea la construcción de algo nuevo. Hay un nihilismo radical que pretende destruir y dejar las ruinas a la vista de todos, sin esperanza de reconstrucción; pero hay otro tipo de nihilismo que no necesariamente busca la destrucción sin propósito.

En la teoría que Nietzsche plantea sobre el nihilismo, hay diferencias entre el nihilismo pasivo y el activo. El pasivo no es otro que aquel que destruye, que derrumba sin esperanza de algo nuevo; mientras que el nihilismo activo es una fuerza del espíritu que se atreve a entrar en la aventura del sentido, del devenir y del eterno retorno, pero que antes de ello, se adentra en las fuerzas de la destrucción y de la disolución con el fin de desmontar los valores antiguos que ya no poseen utilidad ni representan para el hombre moderno una certeza. Nietzsche, con agudeza mental, menciona que el nihilismo activo

“puede ser signo de fuerza; el vigor del espíritu puede haberse acrecentado hasta tal punto, que los fines que éste se proponía hasta un momento dado (*convicciones, artículos de fe*) parezcan impropios (pues una fe expresa, generalmente, la necesidad de condiciones de existencia, una sumisión a la autoridad de un orden de cosa que hace prosperar y desarrollarse a un ser, que le hace adquirir fuerzas...)” (Nietzsche 25)

Esto quiere decir que el nihilista activo ya no necesita de los valores tradicionales para conducirse en la vida, pues él mismo ha afirmado su existencia sobre el mundo y ha forjado

sus propios valores, convirtiendo a su voluntad en el impulso de la libertad. Las antiguas creencias le parecen al nihilista activo fuera de lugar y sin sentido, y los códigos morales estímalos desechables, puesto que ve en ellos la esclavitud de la voluntad de poder.

En cuanto al nihilismo pasivo comenta Nietzsche que “la actividad del espíritu puede estar fatigada, agotada, de suerte que los fines y los valores preconizados hasta entonces parezcan impropios y no encuentren ya crédito, de suerte que la síntesis de los valores y de los fines (...) se descomponga, y los diferentes valores se hagan la guerra (...) (Nietzsche 25)

Tanto el nihilismo pasivo como activo son dos caras de una misma realidad; la diferencia que se establece entre ellos radica en la posibilidad que cada uno de ellos ofrece en el momento de la desvalorización de las certidumbres del pasado. Mientras que el nihilismo pasivo aspira a alcanzar las últimas consecuencias del relativismo y del escepticismo modernos, sin pretender construir una nueva forma de conocimiento y de vida, el nihilismo activo, que también anhela ir hasta las últimas consecuencias del conocimiento, procura, por el contrario, edificar los fundamentos de una nueva visión del mundo que se acomode a las posibilidades del ser humano, sin tener que recurrir a un principio metafísico.

2. Existencialismo en Hispanoamérica

El movimiento existencialista tuvo sus orígenes en el continente europeo y en su momento fue una respuesta en contra de los ideales tanto románticos como ilustrados. El factor de las dos guerras mundiales fue de los más importantes para comprender el surgimiento de esta corriente de pensamiento. Como tal, el existencialismo se oponía al totalitarismo de la razón y a la exacerbación de las emociones al estilo romántico; se proponía, más bien, una nueva

sensibilidad, una ética vitalista que fuera capaz de dar al individuo la posibilidad de vivir una existencia auténticamente plena. Teniendo en cuenta que el foco se hallaba puesto en el individuo particular, el existencialismo hacía hincapié en el rechazo hacia la moral de las masas y hacia la enajenación de producto del trabajo industrial de la modernidad:

“el existencialismo, que en su versión europea se gesta sobre todo en la Europa de entreguerras, en medio de los más agudos conflictos sociales y políticos, rescata para la filosofía la vivencia individual. Propone reflexionar desde la experiencia concreta del hombre singular, al que concibe como trascendencia, que está siempre proyectándose hacia sus posibilidades.” (Fraguas 70)

La influencia del existencialismo paulatinamente fue llegando a Hispanoamérica. Las condiciones históricas eran, desde luego, radicalmente diferentes en el continente americano. El factor de las guerras no fue el esencial ni el determinante para que una gran variedad de escritores e intelectuales absorbieran los postulados del existencialismo. La experiencia de ruptura que significó el desencanto con respecto a los ideales ilustrados y románticos, en países donde tanto una postura como otra habían tenido fuerza en el desarrollo histórico de la conformación de la identidad nacional, fue fundamental para que este influjo se diera. Además, partiendo del hecho de que las formas literarias predominantes en Hispanoamérica habían estado cercanas a las europeas, el existencialismo tuvo una gran importancia en la medida en que permitía una renovación de formas que se estaban quedando anquilosadas: “aunque no faltaron reticencias y objeciones, el existencialismo en América Latina fue recibido como una oportunidad para que la región efectuara una vuelta sobre sí y en el terreno filosófico en particular como un impulso a encontrar un camino propio.” (Fragua 70)

Es importante señalar que el influjo del existencialismo no se dio en el mismo grado en todos los países hispanos. La mayor parte de este influjo tuvo su lugar de asentamiento en el cono sur del continente, siendo Argentina y Uruguay dos de sus mayores exponentes. Por ejemplo, “en Argentina, la penetración del existencialismo coincide con un proceso de creciente profesionalización del trabajo filosófico que se evidencia en la creación de instituciones y publicaciones específicas y en la publicación de trabajos de notable riqueza y complejidad como *El juego metafísico* de C. Astrada, *La libertad, la existencia y el ser* de M. A. Virasoro, *La existencia humana y sus filósofos* de V. Fatone, *Elogio de la vigilia* de A. Vasallo y *Estética operatoria* de L. J. Guerrero.” (Fragua 71)

La literatura del Río de la Plata fue particularmente fértil en un tipo de narrativa asociada al existencialismo, en cuyas características pueden encontrarse a personajes y a ambientes decadentes y nihilistas. Si bien no todos los autores siguieron una normativa taxativa en cuanto a la elaboración estética y técnica de sus obras, en todos ellos se pueden observar características comunes. Dos autores representativos de este período fueron Roberto Arlt y Juan Carlos Onetti. Las temáticas de su narrativa son distintas, su estilo también se diferencia uno del otro, pero las características de sus personajes y los espacios en que se mueven estos tienen semejanzas que provienen de un tipo de literatura existencialista de carácter europeo, aunque colocando las problemáticas sociales de la ciudad hispanoamericana en el centro de su trabajo y experiencia estética, pues “temas como la angustia, la muerte, la libertad, el encuentro con el otro, la historicidad y la trascendencia empezaron a ser abordados con mayor interés (...) Los existencialistas se distanciaron de la filosofía idealista (...) y colocaron al hombre concreto en el centro del debate.” (Cardona 48)

La obra literaria de Robert Arlt es iluminadora a este respecto. No sólo fue un escritor distinto a los demás, sino que se adelantó a los postulados de la literatura de la primera mitad del siglo XX, en tanto que sus personajes se encuentran, por lo general, atrapados en una realidad que no pueden soportar, cuya imagen más predilecta se observa en la vida de la ciudad y en las contradicciones con que ésta cuenta. Afirma Dolly Sales de Nasser que “no nos queda más remedio que afirmar que Arlt, al incorporar en la literatura a este héroe urbano que emprende un viaje con el fin de encontrar que le llene de sentido una vida que carece absolutamente de él, se anticipa notablemente a los presupuestos de la filosofía que marcará al hombre de las décadas del '40, '50 en adelante.” (138) Este héroe de la ciudad, que se encuentra perdido entre la masa y que deambula por las calles con la ya de entrada nula esperanza de hallar un sentido, fue una constante a lo largo de la literatura existencialista del Río de la Plata, cuyos caracteres se pueden observar también en Juan Carlos Onetti y Eduardo Mallea.

Por otro lado, acercarse a la literatura de Arlt puede ser una experiencia inquietante. Al leer las páginas de sus libros, el lector se encuentra frente a un mundo desmoralizado, denigrante y decadente, en donde los personajes principales son gente del bajo mundo, sin perspectiva ética y sin salida posible a tal modo de vida. Estos personajes actúan de esta manera debido a que el escenario citadino al cual se enfrentan cotidianamente los empuja a tales actos: “Arlt logra (...) darle corporeidad vital, para destruirlo después, a un sistema de poderes que se asienta en la sociedad con toda su terrible omnipresencia: negocios, dinero, clases, belleza, orden legal y sus contrapartidas, hasta llegar a la humillación y la hipocresía. Una suerte de

diabolismo apasionado encadena los seres dentro de la alucinación o enajenación (...) que el dinero provoca.” (Corelli 54)

El hombre urbano sometido a la enorme maquinaria de los ideales modernos, decepcionado, a su vez, de estos mismos ideales que no han cumplido con las promesas acordadas, son temas y ejes centrales que la narrativa existencialista tuvo en Hispanoamérica, siendo Roberto Arlt de los primeros en exponer este tipo de estética. Su influencia dejó una huella que puede encontrarse en una diversa cantidad de escritores suramericanos. La lectura de Arlt puede ser abrupta para quienes no están familiarizados con el tema de la decadencia y con el ambiente pesado que trae la desilusión del proyecto moderno:

“literariamente hablando, sumergirse en este escritor (...) es saturarse de gritos, imprecaciones, sentencias y centelleantes impactos estéticos (...), un obsesivo compartir la vida insólita de personalidades abyectas, sublimes, monstruosas, atormentadas (...), un continuo desequilibrio psíquico o moral o afectivo en perpetuo contraste con el pensamiento, la costumbre, el hecho cotidiano.” (Corelli 53)

En cuanto a la obra de Juan Carlos Onetti puede decirse que comparte características con respecto a la de Roberto Arlt y, además, resuenan en él elementos de carácter existencialista. La narrativa onettiana semeja el ambiente desesperado y lúgubre de las novelas de Arlt, tanto en el espacio como en los personajes. Desde luego, en Onetti las preocupaciones políticas no representan una importancia radical como sí lo eran en las novelas de Arlt; más bien, en Onetti se encuentra una preocupación por el malestar y por el fracaso de la existencia:

“yo diría que *el fracaso* es, en Onetti, el motivo superestructural y la actitud básica de la que siempre se parte: es un fracaso que se respira, un fracaso totalizador y profundo que no precisa explicación, ni causas, ni acontecimientos inauditos ni catástrofes inesperadas que lo causen. El fracaso es simplemente lo normal, lo natural y cotidiano, una rutina más que trae consigo la vida.” (Izquierdo 54)

Los personajes onettianos viven el fracaso como un hecho ineludible de sus existencias, aunque recurran a la imaginación y al escape mental para construir vidas que les permitan llenar el vacío que produce la vida cotidiana. El elemento de la imaginación en la narrativa de Onetti es fundamental para entender la composición de sus novelas, y este procedimiento vuelve y aparece en otros textos de la literatura hispanoamericana, incluyendo las novelas de Eduardo Mallea. El goce del escape, la fascinación por elaborar literatura dentro de la literatura se convierte, en las novelas de Onetti, en la característica principal de muchos de sus personajes más recordados:

“la imaginación, la creación y el recuerdo son vías de salvación ante ese fracaso existencial que emprenden, Onetti y sus criaturas, en busca de nuevos mundos y aventuras personales. Son recintos poblados por nuestros recuerdos, nuestras historias preferidas, nuestros seres; una existencia conformada por la propia ficción literaria.” (Izquierdo 55)

La atmósfera de soledad y de tristeza inunda todas las estancias de la obra de Onetti. La perpetua soledad y el aislamiento se reproducen en cada uno de los personajes y en cada uno de los lugares que frecuentan estos. Nada escapa a esta sensación de muerte, de locura y de desesperación. Esta soledad pertenece al hombre, es inherente al ser humano, y es muestra de su fracaso y derrota ante los hechos de la vida. No se encuentra inspirado tal aislamiento

en una situación política o social, sino en la experiencia directa de la vida, en la confirmación que cada día se hace el individuo cuando sus esperanzas se frustran y sólo queda el fracaso, cuya única vía de escape es la imaginación. A propósito de esto, comenta María Izquierdo que

“todo va configurando un especial clima de soledad que vuelve eternamente gris la atmósfera onettiana. Hombres, jóvenes, mujeres, viejos furcias discutiendo entre palabras sonoras y vacías que nadie escucha, entre infructuosos diálogos, en monólogo, mascando todos los abandonos que configuran esa soledad. Una soledad narrativa, la de Onetti, que no está explícitamente motivada por nada (...) Una soledad que se respira en Santa María y que padecen todos sus habitantes (...)” (61)

Como puede observarse, los antecedentes del existencialismo en Hispanoamérica cuentan con nombres tan ilustres como Roberto Arlt y Juan Carlos Onetti. Era importante mencionar en especial a estos dos escritores puesto que ellos fueron la influencia de la generación que estuvo fuertemente marcada por el existencialismo. Por ejemplo, en la obra literaria de Eduardo Mallea se encuentran elementos importantes que conectan con las temáticas y las estrategias narrativas de Arlt y Onetti, tanto en sus novelas como en sus relatos, y que pueden encontrarse en textos como *La causa de Jacobo Uber, perdida* (1935) y *Momentum Vitae* (1934), además de novelas como *Los enemigos del alma* (1950) y, por supuesto, *Todo verdor perecerá* (1943).

3. El existencialismo y Eduardo Mallea

La obra literaria de Eduardo Mallea (y desde luego también la ensayística) no puede entenderse sin que primero se deje en claro que, para este autor, la función social de la literatura no reside, como quizá pueda pensarse, en ser únicamente un entretenimiento para acompañar y aliviar las tediosas horas del día, sino que su función tiende hacia la acción, hacia la toma de consciencia y la consiguiente voluntad de transformación. No todas las escuelas o movimientos que han existido en el mundo literario han considerado esta misma visión, algunos han preferido el “arte por el arte”, el valor de la estética sobre el valor ético. Sin embargo, y a pesar de que la tendencia de buena parte de la literatura del último siglo fue partidaria de esta visión, hubo autores –y no pocos- que todavía veían en la literatura una función de enseñanza. Desde luego, esta enseñanza no necesariamente debía estar presentada a través de una evidente moraleja; era más bien un formato más sutil que intentaba describir una época y un espíritu colectivo, además de la crisis del individuo moderno, por medio de la narración, sin por ello moralizar al estilo eclesiástico.

Eduardo Mallea, pues, hizo parte de este grupo de escritores que aunaban el valor estético y lo ponían a la par del valor ético. Sin recurrir a la filosofía y, además, a un planteamiento analítico en torno a las problemáticas modernas, la narrativa de Mallea no podría entenderse, faltaría la quintaesencia que le permitiera revelar toda su profundidad y propósito. La literatura malleana interpela al lector, lo invita a suspender las certezas y adentrarse en el mundo de la incertidumbre y de las constantes crisis del individuo. La función que cumple el lenguaje literario en el escritor argentino no se centra sólo en comunicar ni en describir una realidad, sino que busca inspirar una fuerza vital y creativa que transfiera al lector ideas que le planteen la importancia de contemplar la propia miseria y soledad.

Esta visión fue muy importante y, sin duda, es una clave siempre a contemplar para estudiar a fondo la narrativa malleana. Esto, además, va unido a la defensa que Mallea hizo del escritor comprometido con los conflictos existenciales de su época, ideas que aparecen en textos como *Notas de un novelista* (1954), *El sayal y la púrpura* (1941) y *Poderío de la novela* (1965). Desde su perspectiva, el intelectual no debía estar enclaustrado en una torre de marfil estética, ciego ante los problemas, lejano para con sus semejantes; al contrario, el escritor había de estar íntimamente compenetrado con el sufrimiento y los desafíos morales, políticos, filosóficos, que contenga el tiempo en que le hubiera tocado nacer. En este sentido, Mallea hacía una diferenciación entre un tipo de escritor marcadamente pasivo, que dedica su obra a la paciencia, a la expectación, y que no se inmuta ante los cambios del mundo, y otro tipo que estaba en íntima conexión con el sacrificio y la experiencia directa, cuya obra no era un pretexto para vivir lo que no había podido, sino que allí residía la exquisita sabia de sabiduría preparada y fermentado durante largos años de experiencia y de sufrimiento con los embates de la vida.

Los ideales vitales de Eduardo Mallea estuvieron fuertemente unidos a una concepción liberal. Para él, incluso, la crisis del sujeto moderno se debe a la ruptura con los ideales liberales. En *El sayal y la púrpura*, Mallea dice al respecto que “yo creo que la muerte del liberalismo y la nueva crisis del amor humano han cambiado la faz del mundo (...) Se nos quiere encuadrar (...) en instituciones condenadas por el espíritu, subordinar a algún principio trascendente, Dios o nación, que dicten reglas de pensamiento al pensamiento mismo e impongan su voz de orden a la inspiración. Frente a la crisis del amor humano el intelectual, naturaleza primordialmente sensible, se rebela, reflexiona y se angustia” (Mallea

1) Este ideal liberal ha sido abandonado por las ideologías y por el “ethos” nihilista que se ha ido implantando en la sociedad, nihilismo que empobrece todas las fuerzas vitales del hombre:

“la capacidad espiritual receptiva de este hombre –hablando gráficamente- se ha colmado ya con el alud abrumador de acontecimientos y sucesos que a diario ha de vivir y asimilar. Está como asolado por lo momentáneo. Se precipita despreocupado en el instante y se deja arrastrar e inundar por el río turbulento de los hechos. Ya no es capaz de emerger, de liberarse de la situación, ni de dominarla y poner orden con el poder del espíritu. El preguntar y el responder ya no se perciben.” (Fries 45)

A pesar de una cierta crítica al autoritarismo que representa el dogma de la religión, Mallea, por otro lado, subraya la idea de que esta crisis del hombre moderno también se debe en cierta medida al abandono de los valores humanísticos propuestos por el cristianismo. Así, no propone un retorno al credo cristiano, pero sí alaba los valores humanos que se encuentran en la moral propuesta por esta religión. Esto puede observarse en las temáticas y en los personajes de las novelas; por ejemplo, una de sus novelas se llama *Los enemigos del alma* (1950) y uno de sus libros de ensayos se titula *La guerra interior* (1963), cuyos nombres hacen referencia a problemas en conexión con la religión. Además, los personajes malleanos suelen buscar el consuelo de la religión, aunque sin utilidad ninguna, pero intentando hallar en la fe el consuelo para su nihilismo.

Este último hecho es de suma importancia puesto que, desde una visión nietzscheana, el cristianismo ha causado la decadencia nihilista; sin embargo, en Mallea la religión y los

valores cristianos no dejan de ser un posible remedio –pero incompleto- para el malestar de la consciencia y de la angustia. Al respecto Heinrich Fries dice que

“la decadencia del cristianismo es la causa del nihilismo (...) Esto quiere decir que el advenimiento del nihilismo fue posible y necesario porque el hombre moderno, al arrogarse un egocentrismo autónomo, menospreció la verdad, la ordenación de valores y la ética cristianas. Y esto ha tenido lugar no precisamente porque el mensaje cristiano fuera falso o haya sido convencido de mentiras por algún tipo de pensamiento ajeno a él, sino porque el hombre moderno se apartó de la verdad (...)” (50)

En Mallea hay todavía algo de este pensamiento a favor de la religión cristiana, pero, como decíamos más arriba, no en un intento por volver a la fe, sino por emular los valores del cristianismo, en cuyo haber se encuentra una posible solución contra el nihilismo y la consciencia del absurdo.

La narrativa de Eduardo Mallea abunda en personajes destrozados, solitarios, incapaces de darle un propósito firme a su existencia. Son personajes devastados por el pasado o por la inquieta inseguridad que les promete el presente y, con mayor razón, el futuro. En un cuento llamado *La causa de Jacobo Uber, perdida* (1934), el personaje principal, Jacobo, es un hombre solitario, desgarrado y alejado de la realidad, que ha vivido más de ilusiones y de imaginaciones que de duras verdades: “fue un hombre muy solitario y muy triste. Lo más grave de todo: un hombre que no acabó de nacer nunca. De los que le conocieron yendo y viniendo por la gran ciudad, movido por los exteriores resortes de todo el mundo, nadie sospechó siquiera semejante condición.” (Mallea 2) Este personaje es una constante que en

las demás obras de Mallea puede encontrarse, y así sucede en *Todo verdor perecerá* (1941), en donde Ágata reproduce actitudes parecidas.

Lo interesante de este cuento es que emula las características de otras narrativas de estilo existencialista, y más del Río de la Plata. Los personajes que vagan sin rumbo fijo por las calles de la ciudad, de día perdiéndose con la masa y de noche caminando por calles desiertas y opacas; las constantes interpelaciones del personaje principal para consigo mismo, reiterando la pregunta sobre el sentido, y volviendo uno y otra vez sobre el malestar y la pesadez que supone vivir atrapado entre otros seres humanos, en el caos de la vida urbana; la soledad y la imaginación, dos amigas que se hacen mutua compañía y que consuelan a los personajes, pero que, al mismo tiempo, representan una carga y un obstáculo para vivir la vida real, etc., estas son características que comparte la literatura de Mallea con otros escritores del Río de la Plata, como es el caso de Juan Carlos Onetti y Roberto Arlt, como ya mencionábamos más arriba.

Para ejemplificar lo que veníamos diciendo, en el relato se menciona que “esa sensación de desaliento comenzó a crecer en él a los treinta años. Antes había sido regularmente despreocupado, pero a partir de esa edad pensó mucho en su responsabilidad como hombre y en su fracaso sentimental que se expresaba bajo la forma de una árida soledad y una permanencia en el raro mundo recóndito que encerraba.” (Mallea 3) Y también se dice que Jacobo Uber “se consideraba con melancolía tal como era: un receptáculo humano conteniendo un mundo sin salidas (...) Solamente su imaginación era en él algo activo. Y en vez de vivir imaginaba, creaba en ese mundo interno cosas que comenzaban en él y acababan en él. ¿Qué cosas? Todo lo que, en cada instante, hubiera querido vivir y no vivía.” (Mallea

3) Es importante este semblante de Jacobo Uber, pues lo acerca a los demás personajes de las obras existencialistas del Río de la Plata, en especial con los personajes de Onetti y Roberto Arlt.

Hay otro cuento de Mallea, *Momentum Vitae* (1935), que también retrata al hombre angustiado de la literatura existencialista. En este caso, las características vuelven y se repiten, y la soledad, la tristeza, la falta de sentido, el desgane, vuelven a aparecer como la típica silueta del hombre que camina por las calles sin rumbo fijo: “Yo me sentía vacío e innecesario. No era ni lo que yo quería ser, ni lo que yo creía ser, ni lo que los demás creían que yo era. Era indiferente de todo eso y diferente de mí mismo. Era algo tan incongruente que de pronto me detestaba y de pronto me conmovía ante mí mismo. Parecía hecho con todos los desórdenes que pueden mantenerse juntos sin que el ser vivo se derrumbe.” (Mallea 1)

Como puede notarse, en la narrativa breve de Mallea hay elementos que en sus novelas también aparecen, en especial el manejo de las características de los personajes y el ambiente decadente en el cual se inscriben.

El ambiente literario que vivió Eduardo Mallea estuvo abonado por múltiples corrientes estéticas y de pensamiento. No es intención de este trabajo investigar cuáles fueron las posibles influencias y contactos con alguna de estas corrientes. Para el propósito al que se aspira, nos interesa más bien encontrar los puntos de unión entre el existencialismo y Eduardo Mallea. Esto no pretende decir, de ningún modo, que Mallea haya sido integrante directo de este movimiento; sin embargo, hay puntos de contacto entre la temática existencialista —en

especial la del Río de la Plata- y la obra literaria del escritor argentino que nos proporcionan luz de análisis para profundizar más en el estudio de la novela *Todo verdor perecerá* (1943).

Capítulo 2: La tensión entre lo interior y lo exterior: construcción del nihilismo en Ágata

1. El contexto de la zona rural y la decadencia de la vida agraria

Antes de iniciar el análisis textual de la novela, es necesario plantear el contexto histórico por el que estaba transitando Hispanoamérica, y en especial Argentina, para de esta manera arrojar luces sobre el análisis investigativo. Los hechos acaecidos durante la primera mitad del siglo XX -y que permiten enmarcar la trama de la novela- son de variada índole. En este apartado nuestro propósito se encuentra principalmente en analizar el contexto en el que se hallaba la vida rural en la primera mitad del siglo XX, puesto que la primera parte de la novela transcurre en el entorno rural, y nos parece de suma utilidad entender el ambiente histórico con el fin de observar la dinámica que se establece entre los hechos representados por Eduardo Mallea y la actitud nihilista de los personajes, en especial de Ágata. Cabe aclarar que los fenómenos que afectan al campo y a la ciudad no se encuentran radicalmente separados, por el contrario, están conectados entre sí y se comunican constantemente, pues la transformación de la modernidad los altera por igual. En este sentido, las problemáticas se repiten, aunque el énfasis por separado entre la urbe y lo rural se hace necesario para la investigación.

Las primeras décadas del siglo pasado estuvieron marcadas por acontecimientos que transformarían por completo el mundo. Los eventos más relevantes a escala global fueron la Primera Guerra Mundial (1914 – 1918), la crisis de la bolsa de valores de New York (1929), la migración masiva, el surgimiento de nuevas metrópolis, la Segunda Guerra Mundial (1939 – 1945), el comienzo de la Guerra Fría (1947 – 1989), etc. Todos estos eventos históricos tuvieron repercusiones en algunas zonas agrarias y rurales del mundo, siendo el golpe más fuerte para los países de la periferia mundial. Hispanoamérica se vio fuertemente golpeada en esta época, condenada como estaba a la dependencia estructural de los países metropolitanos. Por estas fechas, la población hispanoamericana había empezado a presentar crecimientos acelerados de población, que se explican debido al tránsito masivo de personas que emigraban del campo a la ciudad. Esta masa de gente migrante huía de las paupérrimas condiciones de la vida rural, cuya realidad material se presentaba como decadente y fuera de toda posibilidad de ascenso social:

“en las primeras décadas del siglo XX se produjo en casi todos los países latinoamericanos, con distinta intensidad, una explosión demográfica y social cuyos efectos no tardaron en advertirse (...) Hubo, notoriamente, un crecimiento de la población con decidida tendencia a sostenerse y acrecentarse. Pero inmediatamente comenzó a producirse un intenso éxodo rural que trasladaba hacia las ciudades los mayores volúmenes de población, de modo que la explosión sociodemográfica se trasmuto en una explosión urbana. Con ese rostro se presentó el problema en las décadas que siguieron a la crisis de 1930.” (Romero 322)

Cada una de estas crisis se hizo sentir en el territorio hispanoamericano, acelerando cada vez más un proceso que ya se venía dando desde el siglo XIX, y que pretendía remodelar las sociedades de acuerdo con los principios y valores modernos. La mayor parte de estos eventos no ocurrieron en Hispanoamérica, sin embargo, los efectos se hicieron sentir de diversas maneras. Por ejemplo, en Argentina la crisis política que va de 1930 a 1943 y que se ha dado en llamar *Década Infame*, no puede entenderse sin observar la realidad internacional, puesto que tanto la crisis de la bolsa de 1929 y el ascenso del fascismo en Europa tienen un vínculo con este proceso histórico.

El hecho más importante en cuanto a la zona rural se encuentra en el desplazamiento masivo de personas en busca de mejores oportunidades hacia la ciudad, y de todas las crisis, la que más aceleraría este proceso fue la caída de la bolsa de valores en Estados Unidos, cuyas repercusiones se hicieron notar en transformaciones rápidas de las condiciones de vida: “la crisis de 1930 unificó visiblemente el destino latinoamericano. Cada país debió ajustar las relaciones que sostenía con los que, en el exterior, le compraban y le vendían, y atenerse a las condiciones que le imponía el mercado”. (Romero 319) Los países del continente americano debieron realizar reformas que pudieran mantener el nivel de vida de las personas, sin embargo, no fue fácil, y las políticas públicas se vieron incapaces de subvertir el proceso de estancamiento, pues “comenzaba una era de escasez que se advertiría en tanto en las ciudades como en las áreas rurales. La escasez podría llegar a ser el hambre y la muerte. Pero fue, además, el motor desencadenante de intensos y variados cambios.” (Romero 319)

En la zona rural la crisis trajo como consecuencia la migración masiva. Debido a que los países hispanoamericanos eran principalmente exportadores de materias primas, tanto de

productos agrícolas como de minerales, las personas del campo que se dedicaban a estas labores se vieron fuertemente afectadas. Años atrás, durante la década de los años 20, algunos países hispanos se habían visto beneficiados por la Primera Guerra Mundial, al estar el mercado europeo resentido por la destrucción que había ocasionado el enfrentamiento bélico. Argentina fue uno de estos países beneficiados, cuyo sector agropecuario era de las principales fuentes exportadoras que llegaba hasta la economía europea. Sin embargo, a medida que Europa, durante la época de paz de los años 20, había empezado a recuperarse, el sector agrícola de los países antes favorecidos había comenzado un proceso de estancamiento, el cual se agudizó en mayor medida con la crisis del 29. De esta forma, la migración se hizo una oportunidad para dejar atrás el estancamiento de la zona rural:

“de pronto pareció que había mucha más gente, que se movía más, que gritaba más, que tenía más iniciativa; más gente que abandonaba la pasividad y demostraba que estaba dispuesta a participar como fuera en la vida colectiva. Y de hecho hubo más gente, y en poco tiempo se vio que constituía una fuerza nueva que crecía como un torrente y cuyas voces sonaban como un clamor. Hubo una especie de explosión de gente, en la que no se podía medir exactamente cuánto era el mayor número y cuánta era la mayor decisión de muchos para conseguir que se contara con ellos y se los oyera.” (Romero 319)

El problema del sector agrícola no afectó solamente a Hispanoamérica, ni exclusivamente a Argentina, quien era el mayor representante de este mercado. En realidad, el problema era estructural y a nivel internacional, debido a la competencia y al desajuste de precios entre unos países y otros. Estados Unidos también se vio afectado por esta crisis, y ello porque, como decíamos más arriba, Europa demandó cantidades ingentes de alimentos durante la

Primera Guerra Mundial, pero posterior a los años 20, que fueron de estabilidad y auge económico, el continente europeo ya no habría de necesitar los productos agrícolas del continente americano. Cuando fue inminente la crisis financiera de 1929, el sistema estalló debido a las fallas en el mercado internacional, y el sector agrícola (además del industrial) fue duramente golpeado:

“la disminución de los precios también les afectó gravemente. En general, el problema era que había un desfase entre la oferta y la demanda, y la consecuencia de esto era la reducción de los precios. Lo que agravaba el problema era que tras la guerra había habido una gran oportunidad para los productos americanos por la demanda europea, los precios eran altos y los agricultores habían invertido entonces pidiendo créditos y endeudándose. Con la baja tan grande de los precios los agricultores estaban en una difícil situación, endeudados y cada vez con menor capacidad adquisitiva” (Pérez 25)

Por supuesto, no todo fueron crisis en el sector agrícola y en la zona rural. Posterior a los años 30, durante la Segunda Guerra Mundial hubo de nuevo un auge de las exportaciones agrícolas por parte de los países hispanoamericanos, en especial por parte de Argentina, cuyas exportaciones, por ejemplo, de carne, fueron una fuente de recursos valiosos. Europa hubo de necesitar alimentos tanto durante los años que duró la guerra como más tarde en el período de tranquilidad: “el nivel de vida cambió en todo el mundo. En las naciones neutrales de América Latina, que suministró grandes cantidades de materias primas a los Aliados, los beneficios de la guerra conllevaron una racha de prosperidad que se conoce como *la danza de los millones*.” (Coffin, Stacey 988)

Sin embargo, a pesar de la prosperidad relativa de los años de guerra, el proceso de migración ya había ocurrido y era imparable para el momento. La mayor parte de las personas que emigraron a las ciudades en crecimiento industrial nunca habrían de volver a sus lugares de origen, se quedarían a vivir en la ciudad y abandonarían toda relación con el campo. De esta manera, la zona rural hubo de perder todo encanto por parte de las nuevas generaciones que nacían en la ciudad y que, a toda costa, deseaban ascender socialmente para gozar de todos los privilegios de la vida urbana. A lo sumo, el campo era recordado con nostálgica reminiscencia, incluso aunque las condiciones de vida hubieran sido difíciles. Pero ya se había conquistado la ciudad, y el campo era una realidad decadente, vacía, sin posibilidad de ascenso, atrasada respecto a todas las comodidades que ofrecía el entorno industrial de la ciudad. Al respecto dice Raymond Williams en *El campo y la ciudad*:

“Es significativo (...) que actualmente la imagen común del campo sea una imagen del pasado y que la imagen común de la ciudad sea una imagen del futuro. Si las aislamos, nos queda un presente indefinido. La atracción que ejerce la idea del campo tiene que ver con estilos antiguos, naturales, humanos. La atracción de la idea de la ciudad, en cambio, estriba en el progreso, la modernización, el desarrollo. En lo que es, pues, una tensión, un presente experimentado como tensión, apelamos al contraste entre el campo y la ciudad para ratificar una división y un conflicto de impulsos irresueltos (...)” (366)

La fase de masificación de la ciudad y el crecimiento industrial fue el punto de inflexión entre el pasado esencialmente agrícola y el nuevo orden de la metrópoli moderna. Este proceso había ocurrido en todos los países europeos y en Estados Unidos, y, tarde, llegó también a Hispanoamérica, aunque con una rapidez tan abismal y en un desorden tal, que la ciudad

tampoco fue el paraíso que esperaba encontrarse. Sin embargo, el campo habría de perder toda visión idílica, y toda mirada bucólica al estilo tradicional sólo pudo servir como adorno a la literatura, como instrumento para la metáfora, asociando, por lo general, la vida rural al descanso y las vacaciones, pero no al pasado reciente. La imagen del campo quedó reducida a la monotonía y al atraso cultural, a la pobreza y la miseria.

Las personas que llegaban de la zona rural se instalaron en la ciudad, abandonando todo aquello que habían dejado. El único objetivo era empezar una nueva vida acompañada de los beneficios que ofrecía la civilización, representada por el orden y la abundancia de la metrópoli. El campo se convirtió así en un territorio de barbarie, de gente atrapada en el tedio cotidiano sin poder disfrutar de las invenciones de la industria, sin los pasatiempos de la ciudad, sin la libertad y la liberalidad de las personas ciudadinas. El campo era decadencia, aburrimiento, tedio, y, ante todo, un lugar que todavía creía en principios y valores ajenos a la modernidad, cuya población se caracterizaba por ser una masa analfabeta e iletrada que no conocía las bondades de la cultura civilizada. La gente del campo emigró buscando estas bondades, anhelando que si no ellos, al menos sus descendientes pudieran gozar de todo aquello que la vida urbana prometía, y que, desde luego, pudieran ascender socialmente y dejar atrás todo aquel rastro de “barbarie” producido por la decadencia rural:

“pero lo que más poderosamente atrajo la atención de los que querían abandonar las zonas rurales o las ciudades estancadas fue la metrópoli, la gran ciudad cuya aureola crecía en el impreciso comentario de quien sabía algo de ella, y aún más a través de los medios masivos de comunicación (...) La gran ciudad alojaba una intensa actividad terciaria, con mucha luz, con muchos servicios de diversa índole, con muchos negocios grandes y chicos, con mucha

gente de buena posición (...) La atracción era aún mayor si la ciudad había comenzado a dar el salto hacia la industrialización (...) Esa gran ciudad era la preferida. Allí podría el inmigrante encontrar *trabajo urbano*: en los servicios, en el comercio o en la industria, y quizá con altos salarios si se alcanzaba el nivel de preparación suficiente como para ser un trabajador calificado.” (Romero 526)

2. El nihilismo de Ágata en la experiencia de la vida agraria y rural

I. Semblante general de personajes y de ambiente

“cuarenta y cuatro días consecutivos de seca y fuego arrasaron la sierra, el valle, las matas salvajes, la cabellera rala e hirsuta en el cráneo de tierra tendido al sol (...) Los campos mostraban su cara espectral y hambrienta, su boca árida, su escuálida garra extendida sin fuerza por millares de kilómetros (...) En aquella zona de desolación y sequía ya casi no quedaba ganado; alguna vez aparecía en lo alto de la sierra, más arriba de la casa solitaria, un jinete emigrante (...) Todo lo demás era campo desierto, sierras pétreas (...)” (Mallea 13)

Todo verdor perecerá (1943) empieza con estas palabras, describiendo un panorama que va a ser una constante a lo largo de la primera parte de la novela, pues ya da cuenta de la tristeza

y de la decadencia que rodean todo el ambiente en el cual Ágata y su esposo, Nicanor Cruz, se desenvuelven y que, como iremos mostrando, influye en su actitud.

El ambiente decadente es una constante dentro de los espacios que habita Ágata. Como tal, la novela transcurre en cuatro sitios: Ingeniero White, *Los cardos*, los campos de la sierra, Bahía Blanca. Lo relevante de estos cuatro lugares es que todos hacen parte de la soledad de Ágata, de la angustia que convive con ella desde sus primeros años de infancia y juventud en Ingeniero White: “Ágata se veía detrás de aquella ventana en la casa de madera de Ingeniero White. Tenía entonces veinte años, el ánimo de una ambiciosa enclaustrada.” (Mallea 27) Esta soledad que la misma Ágata recuerda constantemente, se muestra idéntica a la que posteriormente se muestra en cada lugar que habita, ya sea cuando se case con Nicanor Cruz y se vaya a vivir a Los cardos y después a los pesados campos de la sierra, o cuando se desplaza hacia la ciudad y descubre amargamente que la vida citadina también la desespera:

“¡Cómo se puede llegar a un desinterés total por el mundo! Atención y memoria alcanzaron al fin en Ágata un estado de muerte. Sólo los movimientos maquinales parecían gobernar a esta figura que la pequeña población de Ingeniero White veía llegar taciturna, caminando como si no cesara en su marcha hacia un punto definido que no llegaba nunca.” (Mallea 180)

Tanto en un lugar como en otro, el nihilismo se manifiesta en Ágata como una constante que la lleva hacia la angustia y hacia la perdición, siendo el espacio un factor importante de su actitud, pero evidenciando al mismo tiempo que el nihilismo parte de sí misma y que el ambiente sólo contribuye a exacerbarlo o, en última instancia, a reflejar lo que es ella (y los demás personajes) en cuanto a su personalidad.

Ágata, desde su juventud, había sentido una tendencia hacia la angustia y la soledad, que el encierro constante de una casa de puerto, alejada de toda vida festiva de ciudad, había recrudecido hasta el límite. Los intentos por despojarse de tal insatisfacción fueron en vano, pues la desdicha volvía una y otra vez sobre la conciencia de la joven Ágata. A medida que fue creciendo, era invitada a fiestas de las cuales, luego de pasado el primer encanto, remilgaba y se quejaba:

“tras esas experiencias volvía como quien, de la caza, trae cansancio y nada. Nada entre dos aguas. Nuevos días de mutismo, frío, aburrimiento. ¡Su aburrimiento! (...) Era menester atenderlo, era menester cuidarlo, convivirlo, apaciguarlo, aconsejarlo, abrigarlo, calmarlo, alimentarlo (...) Se despertaba con él, lo llevaba durante el arreglo de la casa; lo asomaba a la ventana para mirar con él a los fortuitos ciclistas, a los marineros mercantes, a las chicas que volvían de hacer mandados, a los turcos, a los *tudo a vinte* (...) Sí, aquel aburrimiento. Muchas veces, en plena noche, no pudiendo ya soportar la soledad de su cuarto, se lanzaba a la ventana, abría los batientes, sacaba la cabeza al aire frío, jadeante, como un ave en agonía.”
(Mallea 39)

La melancolía que siempre habría de sentir Ágata, mezclada con rabia consigo misma y por un disgusto contra el mundo, ya se presenta desde la juventud y se repite en todos los ámbitos que habita Ágata, en donde, a lo sumo, hay breves instantes de alegría y olvido de la pesadez existencial para, posteriormente, dar paso a la angustia nihilista de nuevo.

El nihilismo de Ágata se manifiesta en la imposibilidad de establecer una conexión directa con la realidad, esto en la medida en que ella intenta encontrar la realización de su deseo en el mundo, pero constantemente éste siempre la rechaza y la expulsa, dejándola abandonada

al “en vano”, al sin sentido de no saber cómo actuar. Hay en Ágata un nihilismo radical que sólo se ve mermado en algunos casos por breves momentos de esperanza; sin embargo, esta esperanza, esta espera de mejoría, termina siempre por llevar a más odio y rencor, que, a su vez, aumentan el nihilismo en la psicología de Ágata. En Nietzsche hay unas palabras que clarifican este punto: “que no hay verdad alguna; que no hay cualidad alguna absoluta en las cosas, que no hay cosa en sí. Esto es el nihilismo, y, en verdad el nihilismo más extremo.”

(22) Por supuesto, Ágata no se pregunta por la verdad en toda la trama de la novela, no es un interés suyo; lo importante de entender en este punto es la desconexión que se establece con el mundo circundante, el cual se transforma para Ágata, paulatinamente, en un espacio donde no hay más posibilidad que la “nada”, la desesperanza y la angustia, ello en la medida en que no hay para ella un punto firme, una creencia sólida a la cual aferrarse, tal como puede observarse en este pasaje:

“Ágata se tenía, por esa fatal discrepancia, rabia y lástima. Se detestaba por quererle a sí misma. Se odiaba a causa de eso. Habría preferido ser sorda a su angustia, como era sorda Delia Novio a todos los matices del hambre. Envidiaba a los probos, a los sobrios, a todo aquel que devolvía al mundo continencia por oferta. Ella era de otra raza. Sufría hambres y les abría los ojos, los acusaba en su entraña; se decía ahí están; y cobraba su mirada un resplandor exigente. Le habría parecido hipócrita volver la vista de su sed, arrullarse con cantos engañosos, hundirse, aturdirse en los ruidos exteriores.” (Mallea 41)

La desesperación de Ágata no se transforma ni siquiera cuando conoce a Nicanor Cruz, ni mucho menos cuando se casa con él. Al principio del matrimonio hay unos efímeros momentos de esperanza, de ensoñación de una vida mejor, pero luego las crueldades de la

vida de campo y la poca productividad de la tierra los obliga a someterse a la miseria material y, por tanto, a la pobreza de espíritu. Nicanor, en este sentido, no es un personaje muy distinto a Ágata; los dos se complementan en esta primera parte de la novela, cada uno con la esperanza de conseguir algo, pero cuya realización nunca llega y amarga todavía más la vida. Cuando se conocieron, no hubo enamoramiento tal como ocurre en las historias felices, pues Ágata sólo deseaba abandonar la triste casa paterna y Nicanor necesitaba el matrimonio para cumplir con las expectativas sociales. Por otro lado, la personalidad de Nicanor ya desde el comienzo se había mostrado decepcionante y débil:

“tenía una buena reputación de virilidad; desdeñaba las propensiones débiles de esos parias a quienes algún cretino alude alguna vez boquiabierto como ilustrado o cultos, e ignoraba otro idioma que el lenguaje duro y directo de la vida. Todo lo demás era afeminamiento, evasiones, expediente de inutilidad. Admiraba el coraje físico y le gustaban los cuentos de hombría (...) le gustaba la mala palabra, el vino seco, el naípe desafiante, la ropa oscura, el mate amargo, la hembra dócil; pero todo ello pasivamente, sin alarde, como si fuera un credo recóndito que basta con que esté adentro, pues ni juraba, ni bebía, ni jugaba, ni buscaba el placer de mujeres (...) En virtud de esa rigidez que no salía jamás de sí misma, algunos, en la ciudad, se guiñaban los ojos a su paso y se pasaban, aludiéndolo, la voz: el amargao.”
(Mallea 48)

El semblante que da el narrador de Nicanor lo describe como un ser encerrado en sí mismo, incapaz de comunicar sentimientos, aferrado a las viejas costumbres rurales del trabajo de la tierra y la vida dura. Nicanor representa al hombre de campo decadente cuya difícil labor sea convertido en un “en vano”, en un sin sentido.

Hay otro personaje en esta primera parte que no cumple una función principal, sin embargo, su retrato evidencia la decadencia y la miseria del ambiente rural en el cual se encuentra Ágata. El nombre de este personaje es Estaurófilo, y se trata de un hombre enfermo que sufre de alguna patología mental, y de quien se dice que era producto de un incesto entre padre e hija:

“llevaba con ellos doce años y a través de ese tiempo no le vieron un instante de tregua: era el mismo espectro hundido y lejano, desposo caído en el precipicio, indiferente al halcón que se le acerca planeando (...) No lo atraían más que los caballos –los mandos tordillos-, y él se buscó esa función modesta, que ya no dejaría más. Ágata consideró, mucho después, que su llegada fue como el sustituto de la esperanza, el suplente que esa desaparecida mandó a los dos años del casamiento.” (Mallea 60)

Este personaje no aparece sino en contadas ocasiones en la primera parte, pero la condición de enfermedad y la decadencia que él mismo representa como sujeto al ser posiblemente producto de un incesto, plantea la idea de que Estaurófilo es un hijo enfermo de la vida rural, que ya para la época estaba en su ocaso, y que se emparenta con el paisaje desolador de los campos de la sierra, además de que encuadra bien con la condición de angustia y rabia que compartían Ágata y Nicanor Cruz.

En esta primera parte de la novela, la infancia de Ágata es de suma importancia para entender el desarrollo posterior de toda la narración. Y, sin duda, se hace necesario retomar este aspecto porque, en la narración, se presenta en forma de recuerdos. La historia empieza con Ágata viviendo en los campos de las sierras, en donde la decadencia del campo se observa con mayor claridad, y a partir de ahí se desprende, a través de los pensamientos de Ágata, los

recuerdos de su infancia y juventud en Ingeniero White, en el momento de su vida en que su padre todavía seguía vivo. Estos recuerdos aparecen tanto al inicio como al final de la narración, y en los dos casos de manera ambigua pues hay en ellos tormentos y desolación, como también deseo de rememorar un tiempo que fue “mejor”, o por lo menos parece más mejor que lo actual. Cada vez que Ágata se siente en la mayor de las soledades y las angustias, recuerda este pasado, que en su imaginación se presenta más dulce de lo que en realidad fue:

“los recuerdos de Ágata se mezclaban a la imagen del padre sollozando sobre su cuna, en la casa triste (...) Después de esas naturales revelaciones vinieron hasta sus plantas las pequeñas olas de la maledicencia, y aquella criatura adolescente comenzó a vislumbrar en su padre el humano desdoblamiento que un día los hijos perciben: al tierno protector sin carácter necesariamente inteligente, comenzó a entenderlo como el carácter definido de un viejo profesional medio ebrio y medio filósofo (...) Era un médico desprestigiado y un repartidor gratuito de conversaciones calmantes.” (Mallea 28)

El recuerdo del padre se repite una y otra vez, aunque no siempre como un sitio de refugio, sino como una ambigüedad de desgracia y melancolía.

Es importante mencionar la función que cumplen los recuerdos dentro de la narración puesto que Ágata, en medio de su nihilismo, necesita recurrir a la imaginación para salir momentáneamente de su cárcel material, lo cual hace que se evada y pierda el contacto con los hechos de la vida. La ensoñación y la remembranza se adecúan a la personalidad ensimismada de Ágata, quien, desilusionada de la vida e incapaz de hallar un sentido en los espacios en los que habita, sólo encuentra la posibilidad de huir de su desolada realidad a través del volver hacia el pasado, hacia un tiempo en que ella supone que fue más feliz (o

menos desgraciada), y también a través de una esperanza abstracta que nunca se palpa en la realidad pero que, aun así, se muestra como el único sentido en medio de tantos “en vano”. El escape predilecto de Ágata, al cual la vida la empuja y que sirve como paliativo al nihilismo experimentado, se evidencia en la frecuente huida hacia el pensamiento y la interioridad. A veces, también, salir del encierro de su casa de campo y sentir la naturaleza, permite que Ágata pueda evadirse y se sienta más conectada consigo misma, aunque tal experiencia no dure lo suficiente para desvanecer su actitud nihilista:

“Ágata echó a andar por el camino cotidiano. Trescientas veces recomenzaba en el año aquella caminata nocturna antes de la comida (...) La polvareda estrellada, las cumbres, los acres árboles, la tiniebla misma, conservaban para su intimidad una presencia distinta. ¡Con esos diferentes cuerpos, presencias, a lo largo de los últimos cinco años cuántas preguntas, quejas desalientos, no había, aterida, murmurado! Era capaz de reconocer hasta la forma que la oscuridad tomaba en cada sitio. Y de los árboles nuevos conocía hasta el modo de morir. Y del agua, el mensaje próximo (...) Y de la atmósfera, el canto que los últimos solitarios, predilectos, tan solo reconocen.” (Mallea 21)

La primera parte de la novela se centra principalmente en la infancia y juventud de Ágata (en forma de recuerdo) y en la convivencia conyugal de los dos esposos. El nihilismo que se desea investigar en este análisis no puede entenderse tanto sin el ambiente exterior como sin las relaciones que entablan los personajes con la protagonista. En este sentido, es de suma importancia entrar a analizar la relación conflictiva que existe entre Ágata y Nicanor Cruz, una vez ya hecho este breve semblante general de los personajes y el entorno que habitan.

II. La ilusión del matrimonio y el conflicto nihilista entre Ágata y Nicanor Cruz

El conflicto que se establece entre los dos esposos evidencia el carácter de decadencia de la vida agraria y rural. Es difícil incluir a Nicanor Cruz en la definición de nihilismo pasivo, pues su actitud y su acción de vida no concuerdan con una desesperanza definitiva, sino más bien personifica un nihilismo activo, representante del absurdo existencial, pero carente de suficiente lucidez para escapar de su esclavitud, y esto se muestra en que, a pesar de los esfuerzos de Nicanor Cruz por mejorar las condiciones de existencia a través del cultivo, la tierra siempre devolvía aquel sacrificio con la esterilidad y el desengaño. Así, la raíz de los problemas del matrimonio se encuentra en la incapacidad de Nicanor Cruz de dar vida a la tierra. Puede así decirse que tanto los deseos de los dos esposos se enfrentan a la infertilidad y la decadencia de la vida agraria, cuyos frutos amargos los sumerge en una actitud de pesadez.

Al adentrarse más en las zonas rurales, los dos esposos se encuentran con más incapacidad para domar el ambiente y, por tanto, con mayor insuficiencia para llevar la voluntad a término grato. Cuando recién se habían casado, Nicanor Cruz llevó a Ágata a vivir a la periferia de la ciudad, a *Los cardos*, que quedaba a las afueras de Bahía Blanca; pero debido a la crisis de precios (y a las inclemencias del clima) que se estaba viviendo por aquellos tiempos, tuvieron que desplazarse hasta más lejos, a la zona de las sierras, en las que el trabajo de la tierra todavía es más ingrato:

“si ella quisiera pensar en qué época comenzó la otra ruina, la económica, pensaría en aquel tiempo, en aquel décimo año de casados. Las ventas habían ido de mal en peor y el cereal se

perdía almacenado; al fin había quedarlo por nada (...) El desastre bíblico carcomía lentamente los trigos, el lino. Cuando no los ahogaba con un solo zarpazo. Una vez fue la ceniza; otra vez, el granizo. Un nublazón: luego nada: el cadáver del cereal, las grandes siembras sin vida.” (Mallea 74)

Como puede observarse, el desastre del ambiente desencadena actitudes en los dos esposos que, lentamente, van generando rupturas en las personalidades, cuyo único refugio termina volviéndose el endurecimiento del espíritu, la apatía, el pesimismo, los cuales se manifiestan en la cada vez más fría y desesperante relación marital:

“no podían seguir en aquel campo. Nicanor Cruz estaba empeñado hasta los huesos. Era menester buscar otra cosa, recomenzar, pero sobre todo una base más modesta (...) Él se manejaba con monosílabos. Desde entonces comenzaron a evitar el tratamiento directo, a hablar mediante sistemáticas evasivas. En los atardeceres, mientras el Ford comía leguas, sólo se oía el rateo del motor (...) Aridez, aridez adentro como afuera, y desesperanza, y cansancio.” (Mallea 78)

Habíamos mencionado con anterioridad que era importante establecer un marco histórico con la finalidad de entender los conflictos que se dan entre los personajes, y por ello habíamos mencionado las crisis que habían azotado la primera mitad del siglo XX. Si bien la novela no ofrece la posibilidad de establecer con exactitud el año en que transcurre la trama, se pueden hacer inferencias sobre la temporalidad. Por ejemplo, la narración dice que cuando Ágata era una adolescente, la guerra ya estaba en acción: “el doctor salía ir hasta la ciudad, entrar al club, tomar allí el aperitivo, hablar de la guerra –a la que se llamaba entonces grande- cuyo fin se aproximaba al cumplir Ágata los trece años.” (29) También, hacia el final de la novela,

se menciona el comienzo de otra guerra: “Cuando pasa junto a esas gentes, en el centro de la ciudad, en las confiterías, donde de pronto entra a sentarse después de haber caminado horas, no oye más que aquel solo tema: la guerra. Y nada de aquí, no; una guerra lejana.” (170) Por otro lado, otro indicio de esto lo encontramos cuando “en aquel restaurante italiano no había todavía nadie. En ambas paredes del salón desolado colgaban litografías de Cavour y del Duce; la de Cavour estaba sucia y vieja; la del Duce esta flamante.” (165) Estos datos que ofrece la narración permiten establecer una línea temporal de la novela, por tanto, autorizan la posibilidad de enmarcar el ambiente narrativo dentro de los eventos históricos, pues el conde de Cavour fue un personaje importante en la reunificación italiana y un partidario de la derecha de aquel país, mientras que el *Duce* hace referencia a Benito Mussolini, personaje conocido por encabezar el gobierno fascista en Italia. De esta manera, se puede afirmar que la novela transcurre desde más o menos los comienzos del siglo XX hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Además, teniendo en cuenta estas coordenadas, en medio de estos dos eventos bélicos, también ocurrieron la crisis del 29 y la *Década Infame* en Argentina, cuyos efectos pueden notarse en la inestabilidad de la zona rural en la primera parte de la novela.

En medio de la esterilidad de la tierra, que mantiene una conexión directa con la esterilidad de los personajes, Ágata empieza a desarrollar una actitud cada vez más radical con respecto al ambiente que habita. Como ya mencionábamos más arriba, desde la infancia y juventud de Ágata los pensamientos de carácter angustioso, la soledad y la desconexión del mundo ya estaban presentes. Sin embargo, a pesar de que esta actitud nihilista parece ser parte de Ágata por naturaleza, tampoco puede desconocerse la importancia del factor ambiente; es decir,

Ágata representa la angustia y el vacío del sujeto moderno, es cierto, pero el nihilismo presente en su vida también se construye por las dinámicas sociales. Debemos, con respecto a esta idea, mencionar la importancia que tenía para Eduardo Mallea construir narrativas que fueran capaces de traslucir los fenómenos sociales en la vida particular de personajes angustiados y desconectados de la realidad. Dice Rafael Gutiérrez Girardot en *América sin realismo mágico* que “con esa dimensión de la interioridad introdujo Mallea en la narrativa hispanoamericana la posibilidad de expresar más ampliamente los problemas íntimos de la realidad social, es decir, los problemas de la soledad, de la incomunicación, de la angustia, de lo que cabría llamar sociológicamente la anomia (...)” (179). Ágata y los demás personajes importantes dentro de la trama no cumplen una función meramente estética ni viven sus problemas aislados del ambiente, todo lo contrario, pues las dinámicas sociales agudizan en ellos actitudes con respecto a la vida, y en Ágata esta actitud representa el vacío nihilista del sujeto moderno, cuyas condiciones materiales terminan llevando al desorden social y a la desesperanza.

El conflicto conyugal que nace entre Ágata y Nicanor Cruz evidencia la lucha existencial entre el deseo personal y los inevitables azares que impone la vida, características que los hace ser parte de un entorno envuelto en la desolación y la soledad. Ágata, por su parte, sufre la contradicción –ya desde joven- de no poder entender la situación en la que se encuentra, incapaz de comunicar sus sentimientos, impotente en cuanto a consolidar una actitud de libertad ante la vida. Al no tener un ideal al cual aferrarse, la vida de Ágata consiste en un vaivén constante de pequeñas esperanzas que nunca se consolidan. Al principio, cuando era

joven, había creído que el matrimonio sería la solución definitiva ante la implacable soledad que sentía en la casa de su padre, pero el dolor interior no la dejaba:

“muchas veces había pensado que en aquel momento sentiría una alegría; pero lo que pesaba en ella ahora era un extraño dolor (...) Cada una de las partes de aquel mundo estaba sumida en su tremenda desolación (...) Sintió un atroz dolor. Su infancia era una provincia de esa inhóspita, rígida, triste comarca. De esos miembros muertos se mutilaba, tal vez se salvaba.”
(Mallea 57)

Como se observa, el matrimonio supuso la posibilidad de un nuevo comienzo lleno de esperanza; sin embargo, el desengaño de la vida una vez más habría de golpear a Ágata, pues la vida matrimonial poco a poco se fue convirtiendo en un espacio de insatisfacción y de soledad:

“para fijar lo que en ella comenzaba a levantarse, la arenisca de cierto nuevo fracaso, el miedo a esterilizarse más que nunca. Ágata habría necesitado un elemento sólido, una sola cosa resistente y concreta (...) Pero esta deseada fijación –el hijo- tampoco vino. Ni vino más que silencio y más silencio. Preocupación. Pérdida y más pérdida. En tanto que ella se proponía internos viajes, hambres de andar, de ver, de salir de su propio recinto, ese hombre que la había traído a su compañía se agarrotaba torpemente en sí mismo, se aferraba a sus defensas, se hacía uno consigo mismo (...) (Mallea 64)

Pero otra vez, luego de la muerte de Nicanor Cruz y el comienzo de su amorío con Sotero, la vida habría de nuevo de desengañarla; no obstante, más adelante comentaremos estos hechos.

En cierto modo, la experiencia vital de Ágata se descubre como una búsqueda infértil, llena de propósitos infecundos. Ante el vacío que representa cada instante de su vida, Ágata cree hallar en la imaginación y la interioridad un remedio para tal mal, sin embargo, el aislamiento y la soledad terminan por empobrecer hasta el límite la capacidad de la voluntad, cuya consecuencia no deja de ser una pérdida de los valores y de la esperanza. En este sentido, el nihilismo pasivo de Ágata radica en la imposibilidad de encontrar coordenadas vitales suficientes que permitan conseguir objetivos satisfactorios; es decir, Ágata vive atrapada en la contingencia absoluta de los hechos, perdida en medio de las mareas peligrosas del azar de la existencia, sin posibilidad de un fundamento sólido. En palabras de Heinrich Fries, esta actitud de Ágata la convierte en nihilista:

“pero resulta que este descubrimiento de la mentira no llevó al conocimiento de una nueva verdad ni a la revelación de nuevos contenidos de sentido ignorados hasta el momento; al contrario, desenmascarada la ilusión, se encontró solo frente a la nada, que significa la completa falta de sentido y la carencia de todo fundamento. Aquí se hace patente lo que realmente es el nihilismo del espíritu: la convicción, la creencia en la absoluta falta de sentido, en el absurdo que supone la existencia.” (33)

El descubrimiento de la mentira en Ágata se muestra en el constante desengaño que significa para ella el conflicto entre lo que se desea y lo que la vida trae como realidad insoslayable. La consecuencia de esto en la personalidad de Ágata se constata en la paulatina desilusión que el personaje desarrolla hasta el final de la novela, cuya fuerza nihilista, aunque con breves intervalos de esperanza, siempre termina por imponerse y revelarse como más poderosa que cualquier efímero momento de alegría:

“ningún viaje más remoto, más sin retorno. Ningún viaje más ominoso por la duración de las horas. Y cada vez más adentro (...) Atravesando fugaces zonas soportables, luego páramo y páramo. Y este viaje del hombre a su abismo, al yacimiento casi inhumano del ser, ese viaje de vuelta a la soledad original de la que todos venimos, ese viaje entre lo más cruel, cuenta en su trayecto el hallazgo –incesante- de peor de todos los ocios, del ocio amargo, del ocio taciturno.” (Mallea 70)

En cuanto a Nicanor Cruz, el nihilismo que padece presenta similitudes con el de Ágata. En cierto modo, como decíamos, el nihilismo de Ágata se encuentra en ella por defecto, por naturaleza, y sólo se refuerza y consolida más a medida que los desengaños de la existencia se vuelven más fuertes, mientras que, en el caso de Nicanor Cruz, este nihilismo empieza a surgir paulatinamente a causa de la guerra infructuosa contra el trabajo de la tierra. Ágata, por su parte, encuentra en el aferrarse a la interioridad una salida a la implacable y desoladora soledad; en cuanto a Nicanor Cruz, la acción constante y la esperanza depositada en que el trabajo duro dé sus frutos se muestran como una posibilidad de salida ante el nihilismo. Sin embargo, tanto la actitud meditativa como la actitud activa terminan por devorar las esperanzas, y el resultado, de una forma u otra, termina en el vacío. Tanto en uno como en otro, el deseo interior se convierte en un “en vano”, el cual poco a poco se materializa en nihilismo:

“Ágata preparaba el desayuno cuando vio entrar a aquel hombre blanco, aquel partido por el rayo, aquel mudo. Fue a su cuarto eludiendo mostrar la cara, se bajó las mangas de la camisa remendada en el cuello: tenía que ser, dijo seco; y después: yo soy el que trae el desastre. Ahí está todo el trigo helado. Señalaba con la cabeza hacia el sitio donde, por tantos años, las

espigas cubrieron sanas el campo. Estaba frío, helado como su trigo. Salieron los dos, vieron la ruina, las glumas conteniendo la flor muerte, la gran extensión quemada, la broma cruda de la helada en el día de San Martín de Tours.” (Mallea 77)

La idea que más interesa recalcar en cuanto al conflicto matrimonial de Ágata y Nicanor Cruz se encuentra en la esterilidad, en lo infecundo. La improductividad de la tierra, por más esfuerzo que hubiera puesto en ella, se trasluce y sirve como espejo de la condición existencial de los dos esposos. El ambiente de decadencia rural lleva a los personajes a una cada vez más insoportable soledad. La dinámica que establece la crisis en el campo es distinta a la que, posteriormente, va a ocurrir en la ciudad, que se centra más en la agitación imparable de la vida citadina. En la zona rural, en los campos de las sierras, en donde la vida no es posible y la inclemencia del tiempo y la naturaleza hacen del trabajo del hombre un “en vano”, la actitud de Ágata y Nicanor Cruz se empieza a fragmentar hasta el punto de que la desesperación es la sensación constante. En medio de tal vorágine, tanto el ambiente como los personajes se presentan como enfermos, como seres patológicos, cuyo padecimiento no es otro que el malestar moderno del nihilismo: “el movimiento nihilista es la mera expresión de una decadencia fisiológica” (Nietzsche 30) Tanto la infecundidad de la tierra como de Ágata y Nicanor Cruz testimonia la decadencia y la podredumbre de un mundo que se derriba, de unos valores que ya no existen y no son posibles, y de la falta de un sentido que sustente la vida.

III. La muerte de Nicanor Cruz como punto límite del nihilismo

La caída en el desengaño se manifiesta como una constante a lo largo de la narración; pues bien, en esta primera parte de la novela la última de las caídas se da en el momento en que la muerte se anuncia subrepticamente como posibilidad de huir de la sensación de vacío y soledad. Ante la infecundidad de la vida, Ágata empieza a coquetear con la idea del suicidio, acto que, en su caso, más que producto de la voluntad, en realidad es un escape desesperado ante el nihilismo: “al fin toda la obsesión de quince años horribles se le fueron cambiando en la obsesión de aquel gancho. Al salir por la puerta del costado a la galería, se quedaba extática ante el pequeño hierro curvo. Y pensaba con un raro y secreto bienestar que estaba ahí la escapatoria.” (Mallea 92)

La muerte, para el nihilista, se muestra como la vía más adecuada para derrotar al nihilismo. En el caso de Ágata, ante la desesperación de una vida llena de desilusión, que no puede anclarse bajo ningún valor ni ideal, la muerte se presenta como el destino inevitable. Ante la infertilidad de la vida, de la experiencia vital, la aridez de la muerte se manifiesta como consecuencia lógica.

La necesidad de la autodestrucción se intensifica a medida que la primera parte de la novela va llegando a su final. Este proceso de descomposición, como decíamos más arriba, se evidencia tanto en el entorno como en la psicología de los personajes. A medida que Nicanor Cruz pierde capacidad de dominar la tierra cultivable, que se ve derrotado a causa del inclemente invierno que arrasa con todos los cultivos en los que había depositado su esperanza, el desenlace final se precipita. La destrucción del ambiente corresponde en la novela a la disolución de los valores de los personajes, esto en el sentido de que el nihilismo se manifiesta como una fuerza que derriba todo cuanto se atraviesa. En palabras de Nietzsche,

y con referencia al lado más pasivo de esta actitud, “el nihilismo no es solamente una meditación sobre ese en vano, no es solamente el hábito de creer que todo merece perecer: el nihilismo pone mano a la obra también, destruye... Esto es, si se quiere, ilógico; pero el nihilismo no se cree en la necesidad de ser lógico... (25) Una vez el nihilismo se ha implantado en la psicología de Ágata y Nicanor Cruz, la muerte se anuncia como vía inevitable, y el ambiente –el invierno que destruye toda forma de vida que quedaba en la tierra- es la presencia del nihilismo arrancado toda posibilidad de redención.

A pesar de que la idea de suicidio había rondando en la cabeza de Ágata, el que terminaría por fallecer habría de ser Nicanor Cruz. En medio de la desesperación, Ágata habría querido también morir, pero el resultado fue contrario a su deseo. Debido al invierno y a la dura lucha que Nicanor Cruz había estado teniendo con los cultivos, una enfermedad empezó a acecharlo. Luego de tantos años de combate, al final la voluntad de aquel hombre no hubo de domar la aridez de la tierra. El suelo desagradecido habría de ser causa de su muerte:

“pero el hombre es una cosa y Dios es otra. El tal desafiador de tormentas volvió a la noche con chuchos. Ello lo vio apurar un trago de caña, disimular el escalofrío (...) Pero ni siquiera de su voz era dueño, con aquella alta fiebre domándolo (...) En el dormitorio se cambió de ropa para venir a la mesa, pero al levantarse de donde estaba sentado tuvo que recostarse sobre la colcha, los ojos grandes, la cabeza mojada y en desorden, entregado ya al intenso temblor.” (Mallea 93)

Aún luego de tantos años, Nicanor seguía creyendo en la oportunidad de prosperar a través de la tierra, pero la realidad era que la decadencia de las sierras no permitía la generación de riqueza. Al final, el deseo de toda una vida vino a parar en la muerte, lo cual muestra cómo

el nihilismo activo, aunque carente de lucidez, se va intensificando a medida que la novela avanza.

Ante el fracaso de la nueva vida, Ágata sentía crecer el vacío cada vez más. Ella y Nicanor Cruz habían tenido que desplazarse de la anterior hacienda debido a las dificultades económicas y todo con la esperanza de encontrar un modo de vida más ajustado. Pero el fracaso también terminaría por llegar. El intento de Nicanor Cruz por construir un nuevo cultivo cada vez resultaba con nuevos problemas, y la desdicha de Ágata iba creciendo, a la par que la amargura y la humillación hacían nido en el pecho de su esposo. Entre los dos ya no había comunicación, toda posibilidad de vínculo o lazo se había perdido, y la relación matrimonial había pasado a convertirse en un fantasma. Cuando Nicanor enfermó, la reacción de Ágata fue darle los cuidados primarios: “¿qué era esa quietud que la aterraba? No estaba mirando todo aquello, ni los pastos color paja ni las serranías desiertas y áridas. Estaba vacía, vacía de sí, vacía de mirada; vacío de ojos y de corazón, vacía de pensamiento. No miraba nada: lo que le subía a los ojos era la más terrible y glacial de las congojas.” (Mallea 99)

Para entonces, cuando ya habían pasado tantos años, el matrimonio se había disuelto en odio mutuo. En el conflicto entre Ágata y Nicanor Cruz puede observarse el poder destructivo de la actitud nihilista: la corrupción de todo valor, la podredumbre de todo vínculo del ser humano con respecto al mundo y los demás seres. Siendo el matrimonio uno de los rituales más sagrados en la tradición cristiana, ni siquiera el poder divino de la bendición de dios había podido evitar la amargura de los dos esposos. En sus espíritus no había más que vacío, que esterilidad, no había posibilidad de retorno a la redención. Ninguno de los dos poseía en su espíritu algún fundamento o credo que los sujetara al mundo; a lo sumo, Nicanor Cruz

tenía la esperanza de que, por al menos una vez, la prosperidad del campo volviera a ser como en los viejos tiempos, fecunda, pero la llegada del calor masivo, acompañado más tarde por un invierno arrasador, había roto toda esperanza: ningún verdor había florecido, todo había perecido. Así como en la tierra toda la esperanza que había sido depositada en ella había muerto, de la misma manera en los espíritus de Ágata y Nicanor había perecido todo retoño y verdor de vida, ante lo cual sólo quedaba la muerte y el amargo sabor de la desesperanza, y cuando éste se aferraba a la carne, no había solución para salir del laberinto. Dice Heinrich Fries que

“el nihilismo (...) en oposición a todas las soluciones (...) consiste en negar ya de antemano cualquier posible sentido a la existencia. Ya la misma pregunta, pero de un modo definitivo toda respuesta en torno al sentido de la existencia, son desechadas como sin sentido, incoherentes e imposibles. Según el nihilismo, esta pregunta por el sentido está de antemano condenada al fracaso.” (32)

Una vez que la última esperanza del matrimonio se había destruido, el desenlace del conflicto era la derrota ante el sentido de la existencia, y por tanto alguno de los dos debía ofrecerse como sacrificio.

Hasta el último momento Ágata no perdió la firme convicción de morir. Mientras Nicanor Cruz se encontraba en pésimo estado debido a la pulmonía que había contraído, en la mente de Ágata el eco de la muerte seguía maquinando ideas. El punto límite del nihilismo ya no tenía retorno, ya no quedaba escapatoria. Después de tantos años de obligarse a aguantar, a resistir, el vacío y la soledad soportados durante tanto tiempo le susurraban al oído la idea de desfallecer. En este punto el nihilismo arrastra con más fuerza la voluntad de Ágata. La

fractura con el sentido y con la vana esperanza ya no tiene forma de recomponer sus fragmentos, y por ello la nada se revela como salvación: “tembló, en la noche sin grillos, asustada de pensar lo que pensaba. ¿Podía ser peor la eternidad? Y le entró, contra ese pensamiento, el terror del día de mañana, del día siguiente igual a los otros. Aquellas estrellas estaban fijas... Qué silencio, tal vez qué gloria, esa fijación...” (Mallea 100)

En medio de la desesperación, triunfó la disolución nihilista de todo vínculo matrimonial. En tanto que Nicanor agonizaba, Ágata decidió acabar de una vez por todas con la infelicidad: “¡Dios mío!, pensaba ella, y tenía un sollozo por dentro. ¡Dios mío! No puedo más...” (Mallea 101) El punto límite ya había llegado: “¿iba a acostarse una vez más, a levantarse una vez más? Miró en torno: ahí estaban las cosas de siempre, iguales - ¡las cosas! -, y ese ser, su marido, que retornaría pronto a lo mismo. Ella sintió adentro una protesta.” (Mallea 101) Hasta que al fin estalló y el valor de la nada ascendió como la derrota final:

“de golpe se levantó y abrió las ventanas del comedor, corrió a la puerta, la abrió, dejó entrar el viento helado. Retrocedió y trajo una silla, una silla de hamaca y la colocó en la galería al aire libre. Se dejó caer, con los brazos exánimes. Que acabara todo. Que el viento, en esa estación humana, barrera con lo que quisiera barrer. Oyó el ruido del viento que azotaba la casa, la poseía, entraba en ella al asalto. Sintió ese hielo, ¡con qué alivio!” (Mallea 102)

Al igual que el frío viento del invierno había arrasado con la cosecha de la hacienda, dejando la tierra muerta y desolada, de igual modo este mismo viento había destruido tanto la vida como el matrimonio de Ágata y Nicanor Cruz.

Así termina la primera parte de la novela, con la muerte de Nicanor Cruz: “al día siguiente los peones encontraron a Nicanor Cruz muerto, helado, y a ella amoratada y sin conocimiento en la galería de la casa.” (102) Ágata habría querido morir también, pero el sacrificado fue su esposo. La actitud nihilista ya no tenía vuelta atrás, ya había causado el desastre, y la muerte se cernía con fuerza sobre el matrimonio. De esta manera, lo importante de este momento cúlmine se encuentra en el hecho de que ninguna fuerza vital fue lo suficientemente poderosa para mantener a los dos esposos en la esperanza; no había ningún ideal ni promesa de salvación que pudiera arreglar sus vidas; no había dios, ni destino, ni promesa de vida... En este sentido, la reflexión que plantea Nietzsche en cuanto al nihilismo radical concuerda con el punto límite experimentado por Ágata: “el nihilismo radical es la creencia en una absoluta desvalorización de la existencia, cuando se trata de los supremos valores que se reconocen, añadiéndose a esto la idea de que no tenemos el más mínimo derecho a suponer un más allá o un en sí de las cosas que sea divino, que sea moral viva.” (7) El caso de Ágata y Nicanor Cruz representa la desvalorización total de la existencia, cuya consecuencia directa como forma de liberación se encuentra en la muerte y el vacío de la nada.

Capítulo 3: La ciudad como espejo del abismo: Ágata y el nihilismo encarnado

1. El contexto de la ciudad y la desilusión de la vida citadina

Como se menciona en el capítulo anterior, la migración masiva del campo a la ciudad fue el acontecimiento histórico necesario para que surgieran las grandes metrópolis en todo el mundo. En Hispanoamérica, el proceso de urbanización se produjo a inicios del siglo XX, y tuvo su auge definitivo en la década de los años 30, aunque, a decir verdad, en cada país se dio de manera distinta, incluso en algunos países sólo se produjo más tarde. Sin embargo, ya en esta década el cambio que se avecinaba en el horizonte era imposible de detener, y bastaron pocas décadas más para que las ciudades se convirtieran en bloques urbanos modificados a raíz de la migración.

Para las gentes que emigraron al corazón urbano, la ciudad era la esperanza del ascenso social y de las bondades del mundo moderno. En el centro urbano se encontraban reunidas todas las fuerzas administrativas e industriales de la sociedad, había oportunidad de adquirir vivienda, se podía acceder a beneficios básicos (por ejemplo, servicios de educación y de salud) cuya obtención en el entorno rural era de suma dificultad. En este panorama de precariedad económica, el desplazamiento de la masa rural fue inevitable, pues las personas aspiraban a disfrutar igualmente de todo aquello que los que habitaban tradicionalmente la zona urbana tenían. *En Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976), comenta José Luis Romero que

“algo identificaba, sin embargo, a estas dos ciudades tan diversas: la coincidencia en la revolución de las expectativas. El migrante recién llegado se parecía al más alto ejecutivo en que los dos querían dejar de ser lo que eran. Eso había instaurado el triunfo definitivo de la filosofía del bienestar, definitivo sobre todo por la incorporación multitudinaria a ese credo

de gentes que hasta la víspera no se hubieran atrevido a acariciar la esperanza de romper el círculo de fuego de la miseria.” (366)

La ciudad se había convertido en un sueño posible de alcanzar, y nadie, una vez instalado allí, deseaba volver a su vida pasada, aunque ello significara aguantar unas condiciones materiales igual o más difíciles que las que tenía antes. La esperanza era que, si no se podía alcanzar en una generación el bienestar ciudadano, al menos las próximas generaciones lograran insertarse en el sistema y gozar de sus beneficios:

“pero una vez en la ciudad, aun en el último peldaño del sector deprimido de la sociedad, parecía legítimo esperar el éxito económico y el ascenso social. Mejor salario deseaba el que aún no había conseguido su primer trabajo, porque ya sabía en qué iba a gastar el primer dinero que llegara a sus manos: una cama, una ropa, una sortija, y luego quizá una radio (...) Los proyectos no tenían límite una vez producida la revolución de las expectativas, y en ese cauce común se encontraron la ciudad anómica y la sociedad normalizada.” (366)

Sin embargo, el desplazamiento no fue la solución definitiva para una inmensa mayoría de migrantes, cuyas dificultades para escalar en las posiciones sociales fueron infranqueables. La ciudad, centro del proceso social capitalista, se encontraba inevitablemente en conflicto social, político y económico. Las clases populares abogaban por sus derechos, y lo mismo hacía la clase media, cuyo principal deseo era mantener su posición y, de ser posible, ascender hacia las clases altas. Por su parte, estas últimas, que dirigían el poder social, no estaban dispuestas a ceder ante las demás clases sociales y, por supuesto, menos aún ante la masa amorfa de inmigrantes. Esta lucha abierta entre sectores sociales promovía un ambiente tenso, en que el ascenso social era todavía más difícil.

Desde los inicios de la Revolución Industrial, la constante había sido que las gentes rurales se desplazaran hacia el centro urbano. Un ejemplo de ello se puede encontrar en Inglaterra, en cuyo terreno empezó la industrialización, y en donde la masa campesina se desplazó a las ciudades en busca de mejores condiciones de vida. Al principio esta migración fue imposible de ser absorbida por las ciudades, siendo el principal efecto de esto la miseria y la pobreza de una cantidad importante de personas. Este proceso se ha dado –aunque con diferencias– en casi todos los países que han comenzado una transformación hacia la modernización. Por supuesto, Hispanoamérica no ha sido ajena a este fenómeno social; no obstante, la incapacidad de las ciudades hispanoamericanas de integrar a la masa amorfa y de solucionar este defecto, ha hecho que los procesos sociales del capitalismo hayan generado tensiones tan fuertes entre las distintas clases sociales. Y, sin embargo, nadie deseaba abandonar la ciudad: “tales fueron los efectos de la explosión sociodemográfica. Pero nadie quiere renunciar a la ciudad. Vivir en ella se convirtió en un derecho (...) El derecho a gozar de los beneficios de la civilización, a disfrutar del bienestar y del consumo, acaso el derecho de sumirse en cierto excitante estilo de enajenación.” (Romero 330)

El avance de los ideales modernos y la fuerza de la industrialización convirtieron a la ciudad en un espacio atomizado y nihilista. La infraestructura física de la ciudad hace patente este hecho, en tanto que el centro urbano se encuentra saturado de personas que no se conocen, de vehículos que generan ruido en cada esquina de la ciudad, de locales comerciales que señalan el imperio del dinero, de grupos criminales que siembran el terror en la población, etc.; todo lo cual contribuye a que las esperanzas puestas en la ciudad se conviertan en un

sentimiento de desesperación y de aislamiento constante. Raymond Williams comenta al respecto:

“es imposible leer las primeras descripciones de las calles metropolitanas atestadas –la gente vista como átomos aislados que fluyen de un lado al otro; un torrente común de identidades y direcciones separadas- sin ver, más allá de ellas, este modo de relación encarnado en el automóvil moderno: privado, encerrado, un vehículo individual desplazándose dentro una corriente común apremiante que es solo una suma de unidades (...) Sobre una compleja red terrestre esta es la manera en que, en cierto nivel, nos relacionamos hoy (...)” (365)

Esta última cita nos parece clarificadora al respecto del nihilismo que, poco a poco, empieza a sentirse en la masa citadina. Si bien la ciudad puede entenderse como una inmensa maquinaria de cooperación social, al mismo tiempo las condiciones de vida que impone la urbe moderna necesariamente aíslan a los sujetos y los encierran en una pequeña cotidianidad en la que el tiempo apenas resulta insoslayable para el trabajo y el descanso, y en donde los intereses de los ciudadanos se basan en una ideología individualista que da más importancia a las posibilidades intrínsecas del sujeto particular antes que a la colectividad. En este contexto, el individuo no tiene mayor oportunidad que retirarse de la cooperación directa y enfocarse en los deberes de su vida cotidiana.

Sin embargo, este proceso de individualización no siempre se ha cumplido a cabalidad, y la muestra de esto puede encontrarse en las luchas sociales que las primeras masas de migrantes y las primeras generaciones nacidas de ellas realizaron con el fin de mejorar sus condiciones de vida. Puede decirse que el proceso de aislamiento empieza a darse sólo en el momento en que la masa amorfa se estabiliza y encuentra medios de subsistencia, y en donde, incluso,

muchos de los sujetos que estaban en la baja capa social alcanzan la clase media y, en un mínimo de casos, la clase alta. Una vez la integración, aunque no sin defectos, se ha estabilizado y las relaciones sociales se organizan en torno al mundo del trabajo y del capital, la ciudad empieza a fomentar una actitud de desesperanza y nihilismo, pues la maquinaria total de la sociedad atrapa al individuo en una singularidad que sólo puede ser angustiante debido al aislamiento y a la imposibilidad de entender el propósito particular de la existencia en todo este masivo movimiento social:

“este conjunto paradójico de relaciones en una sola dirección, que determina por sí mismo qué información y qué noticias consideramos relevantes, es pues una forma específica de conciencia inherente a un modo dominante de producción, en el cual, de maneras notablemente semejantes, nuestras aptitudes, nuestras energías, el ordenamiento cotidiano de nuestras vidas, nuestras percepciones sobre la configuración de toda una vida quedan definidos y determinados, en un grado alarmante, por formulaciones externas de una realidad necesaria: esa realidad externa, ordenada –externa porque sus medios están en manos de una minoría–, de la cual, durante gran parte de nuestras vidas, nos parece que no tenemos otra opción más que aprender.” (365)

En las ciudades hispanoamericanas estos procesos sociales también se han presentado. El aislamiento cada vez mayor de los sujetos también se ha dado después de situaciones políticas y económicas complejas, o incluso durante las crisis mismas, y todo ello por la desilusión que las transformaciones sociales pueden generar en la conciencia de los individuos. Un ejemplo de ello, como ya se comentaba en el capítulo anterior, puede encontrarse en la crisis política de la Argentina de la década de los años 30, durante la *Década Infame*. Esta situación

social fue motivo de muchos cambios en la estructura social de Argentina y, a su vez, fue un punto de quiebre de ideales que, más tarde, sumirían al individuo en el aislamiento y el nihilismo.

La *Década Infame* representa un momento de cambio político y económico, producido en gran medida por la crisis de la bolsa de New York en 1929, el auge de la ideología fascista en Italia y por los procesos acelerados de la urbanización, industrialización y la migración masiva. La Junta Militar que había derrocado al gobierno anterior, el de Hipólito Irigoyen, se había mostrado ante la sociedad como la solución ante los graves problemas por los cuales estaba atravesando la sociedad argentina en aquellos años: “la denominada Junta Militar, el mismo día de la revolución, dio a conocer un comunicado –a través de un panfleto o volante– dirigido a los camaradas, en el que expresaba que la desastrosa situación del país les lleva a tomar las armas en defensa de la patria, pero no harían la revolución para cambiar hombres; querían cambiar el sistema.” (Segovia 9)

El proyecto de reforma anhelaba el cambio de las estructuras políticas y económicas con el propósito de construir un nuevo sistema que pudiera abarcar y representar a todas las clases sociales y no sólo a unas cuantas élites. Por ello uno de los programas de gobierno de la Junta Militar –que nunca se dio y fracasó estrepitosamente- era construir un sistema corporativista (al estilo del fascismo italiano) que erradicara la democracia partidista que, en última instancia, no representaba sino a las clases notables. En cierto modo, los militares de la Junta fueron a su manera caudillos, como también lo había sido Irigoyen, lo cual fue de suma importancia, puesto que el apoyo popular, en especial el de las clases sociales marginales que

provenían de la masa amorfa proveniente de la migración del campo a la ciudad, fueron un punto de auxilio necesario para el poder:

“en principio, el programa de la revolución se encontraba en tres grandes tareas: modificar el sistema electoral, reforzar los poderes del Estado para que no fueran presa de las oligarquías partidarias, y reformar la constitución, introduciendo nuevos principios ético – políticos, como ser la representación corporativa; y todo esto, bajo el paraguas protector del ejército, agente de la nacionalidad.” (Segovia 11)

El golpe de Estado de 1930 marcaría el inicio de una serie de golpes militares y cívicos en Argentina que se sucederían durante décadas hasta los años 80. Este proceso histórico representa un hito importante, porque mientras que la masa colectiva lleva a cabo luchas políticas acompañando incondicionalmente a caudillos militares y cívicos, los sujetos de la sociedad que no participaban directamente de las transformaciones se sentían cada vez más aislados y lejos de los ideales de la modernidad, del progreso, y de los conflictos políticos en aras de conquistar una mejor sociedad. Además, hay que sumarle a esto la incapacidad por parte de cada uno de estos gobiernos dictatoriales –fueran militares o cívicos- de llevar a cabo las reformas prometidas en el fulgor de la lucha revolucionaria, lo cual, paulatinamente, iba generando en los sujetos desilusión de la iniciativa política, postrándolos en la desesperanza, la desesperación y el nihilismo al saber que toda la maquinaria social no podía ser cambiada y que, aún peor, no se comprendía el fin que cada uno de los individuos cumplía para el mundo. En pocas palabras, en medio de esta vorágine social, nacía la consciencia del absurdo nihilista en los sujetos:

“la capacidad espiritual receptiva de este hombre –hablando gráficamente– se ha colmado ya con el alud abrumador de acontecimientos y sucesos que a diario ha de vivir y asimilar. Está como asolado por lo momentáneo. Se precipita despreocupado en el instante y se deja arrastrar e inundar por el río turbulento de los hechos. Ya no es capaz de emerger, de liberarse de la situación, ni de dominarla y poner orden con el poder de su espíritu. El preguntar y el responder ya no se perciben.” (Fries 45)

2. La actitud nihilista de Ágata en la experiencia de la metrópoli moderna

I. Descripción de personajes y de ambiente

El anterior capítulo estuvo enfocado en mostrar las relaciones existentes entre el ambiente de la zona rural y la psicología de los personajes (Ágata y Nicanor Cruz), para así entender la manera en que el nihilismo se desarrolla, en esta novela, en una especie de paralelismo entre la infertilidad de la tierra y la miseria espiritual de los dos esposos, desembocando en un punto límite. En este capítulo nos proponemos exponer algo similar, pero enfocado ahora en la experiencia citadina. La manera en que el nihilismo se trasluce en la ciudad guarda diferencias con respecto al que puede experimentarse en el campo, puesto que aquí la infertilidad ya no se relaciona explícitamente con la tierra, ni tampoco se trata de un territorio inhóspito, alejado de toda comunicación, tal como vivía Ágata con su esposo en las sierras. En la ciudad, más bien, hay movimiento, rapidez, tumulto, desenfreno, todo lo cual hace propicio este ambiente para experimentar un vértigo nihilista debido a la saturación de las

posibilidades que ofrece la ciudad, en la cual el individuo experimenta angustia y una sensación de desorientación constante.

En este ambiente de desorientación va Ágata a habitar el resto de la segunda parte de la novela. Después de que Nicanor Cruz muriera, Ágata se desplazaría hacia la ciudad, hacia Bahía Blanca, área urbana que, para la fecha, era de las más importantes de Argentina. Bahía Blanca se encuentra ubicada, además, cerca del lugar en donde Ágata pasó su infancia y adolescencia –Ingeniero White-, dato no menor porque, hacia el final de la narración, este punto de inicio va a ser también el punto final.

Como decíamos en el apartado anterior de este capítulo, las ciudades hispanoamericanas empezaron a crecer desmedidamente a medida que la migración se desplazaba de la zona rural a la urbana. La productividad de la tierra ya no era suficiente para mantener a la familia y la migración se imponía como necesidad: “los pastos recibieron la invasión; las lluvias decrecieron; el campo, enfermo, devino torvo. Y la población se fue deshaciendo en lentas migraciones. Tan sólo quedó, allá arriba, la casa solitaria. Era como un reducto de Job en el panorama de aridez y de muerte.” (Mallea 14) La ciudad se habría de transformar, así, en el centro de la mayor actividad humana, en un espacio de constante movimiento y riqueza. Al inicio de la segunda parte de la novela se hace una descripción de Bahía Blanca que bien muestra la dinámica de la ciudad:

“todo es allí prosperidad, todo es comercio. Pétreo oasis en estéril terreno, a la ciudad confluyen, y allí de nuevo reembarcan, toneladas y toneladas de granos. Internacionales, cerealistas, concesionarios, criollos comisionistas, expertos hebreos, especuladores, agentes,

despliegan allí la oficinesca acción (...) ¡Qué trabajo, qué años de sacrificio, monotonía y aridez para llegar a esta esplendente prosperidad!” (Mallea 105)

Sin embargo, la ciudad no fue siempre así, ni hubo tanta prosperidad. La riqueza se fue construyendo a lo largo del tiempo, desde el siglo XIX hasta la primera mitad del XX, y esto se puede encontrar en las palabras del padre de Ágata, quien ha visto la transformación de la ciudad: “el doctor contaba, apologético, cómo aquel salitral remoto que en 1868 apenas importaba 7.000 arrobas de harina iba a ser en menos de cincuenta años metrópoli de 100.000 habitantes, una de las más potentes urbes industriales del Estado y, en el ramo de cereales, el primer puerto exportador de la América austral...” (32) Poco a poco la ciudad se fue convirtiendo en un espacio de prosperidad económica y de un flujo de inmigración constante que no sólo atraía a gente de la zona rural, sino que también abría sus puertas a extranjeros que huían de una Europa destruída por la guerra para asentarse en Argentina:

“pero, después de haberse abierto del todo, la ciudad, la flor comenzó a cerrarse: primero la extendieron sus habitantes hacia el exterior, luego vinieron del exterior los colonos a comerciar por días e irse. Traían a sus hijos; ellos se retiraban. Ágata tuvo en la escuela compañía de hijos de colonos; estos rubios silencios se llamaban Nordenskold, Ricciardi, Vidder, Soren, Senisgaldi (...) (Mallea 32)

A pesar de la aparente prosperidad que habita en cada sector de la ciudad, hay una realidad subterránea que recorre al individuo que vive y desarrolla su existencia en esta dinámica: la disolución de los lazos sociales y familiares. Esto se produce por la atomización y por la anomia que produce la división del trabajo y por las necesidades que impone el mundo

moderno. Aún en medio del tumulto, envuelto día tras día en la masa indiferenciada, cada individuo vive una vida aislada de los demás, lejos de todo vínculo humano con el otro:

“la heterogeneidad de las masas inmigrantes a la ciudad, la progresiva ampliación del espacio urbano, la especialización necesaria de las tareas, rompen el estrecho círculo de parentesco, familia, vecindad y amistad cercana y dan a las relaciones sociales un carácter impersonal, indiferente y superficial que, como se sabe, acuña la mentalidad del ciudadano: anónimo, simulador, racional. (Gutiérrez 589)

La ciudad moderna, sustentada bajo los principios rectores de la vida burguesa, cuenta con una gran cantidad de diversiones y pasatiempos con los cuales el individuo puede sumergirse para olvidar un tanto la anomia a la cual pertenece. Las primeras impresiones de Ágata con la ciudad describen el ambiente de bullicio y agitación constantes, como actitudes inseparables de la vida urbana. Al ser el hedonismo, el individualismo, y el principio del trabajo las tres características principales de la vida burguesa, el ciudadano moderno también intenta acoplarse a tal ética, y por ello la agitación citadina siempre se da en busca de un mayor status social que potencie alguna de estas tres características. Todo cuanto ofrece la ciudad se presenta en forma de comodidad y de lujo, y esto es lo que Ágata encuentra:

“y cada día encontraba un mundo novedoso, un mundo nuevo. Despertaba instante tras instante a la gloria, minuto tras minuto a prodigios desconocidos. Aun cada escaparate era un paisaje. Tan pronto se detenía ante una vidriera de pieles, asombrada y atenta ante los astracanes, como estupefacta ante el marmágnum de los negocios de antigüedades, con el mapa de Indias presidiendo (...) Al pasar escuchaba, con una curiosidad y una suspensión

que meses antes la habrían sorprendido, fragmentos de conversaciones vulgares en los que sentía crepitar la vida.” (108).

El nuevo espacio social al cual Ágata debe enfrentarse no se parece en gran medida al de la decadencia del campo. En la ciudad se halla la modernidad crepitando en su máximo esplendor, toda la lógica industrial y racionalista eclosiona en cada rincón del espacio urbano. Y no puede ser de otra manera, pues la ciudad es la expresión de la cooperación social y del individualismo extremo nunca antes vistos:

“esa cooperación se daba en dos niveles: individual y colectivo. Tal aumento de productividad desencadenó el desplazamiento masivo al casco urbano de trabajadores y campesinos (...) Estos movimientos poblaron el universo social metropolitano de contadores, abogados, distribuidores, intermediarios, intelectuales y burócratas, clases sociales alejadas de la transformación material del mundo, y sin las cuales no es posible ese extraordinario fenómeno que conocemos como ciudad” (Valencia 89).

Es con este ambiente administrativo y comercial con el que Ágata se relaciona y por el cual, al menos al inicio, siente fascinación y una especie de satisfacción, ilusionada por la agitación citadina que se contrapone a la monotonía y el aburrimiento de la zona rural. Sin embargo, en este mundo de esplendor, la angustia no desaparece, pues el nihilismo, cual enfermedad psicológica del ser humano, sigue rondando como malestar inseparable de la secularización de los valores modernos. Ágata manifiesta este malestar todavía en la ciudad; en las horas del día se sorprende de todo cuanto las calles pueden ofrecerle, pero en las noches el vértigo nihilista aún aparece:

“todo el día llevaba adentro, en la entraña, eso que no es su hijo pero que ya nutre y que oscuramente la obsesiona. Todo el día, menos la noche. Pues casi toda la noche, fatalmente, interrumpe su sueño, a una hora o a otra, a veces en la tiniebla de la medianoche y otras al filtrarse por el balcón la luz del alba, el espectro de los años enterrados en la sierra, el fantasma del hombre bronceado y sombrío cuya risa y cuyo mortal encono ya no arrancará nunca del todo de su vida...” (Mallea 113)

Ahora el malestar nihilista de Ágata se presenta en una forma concreta: el recuerdo de Nicanor Cruz. El tormento que acompaña a Ágata durante el inicio de su estadía en la ciudad es el recuerdo de todos los años que vivió en medio de la soledad y rodeada de la infertilidad del suelo. Durante el día, la ilusión de hallarse en un territorio pleno de vitalidad desvía el pensamiento de Ágata y no permite que la acose el sentimiento de vacío y angustia. No obstante, a pesar de su aparente mejoría, lo cierto es que el aspecto de la interioridad no desaparece nunca en esta segunda parte, y por momentos parece que se intensificara con respecto a la primera parte, por lo menos hacia el final de la novela. Este deseo de evasión, que nunca abandona a Ágata, responde a la necesidad que tiene de huir de una realidad que no puede comprender y con la cual no se siente integrada, tal como ya decíamos en el anterior capítulo con respecto a la ruptura entre el deseo individual y la inevitabilidad de la realidad. Pero, además, esta condición permanece todavía en la medida en que la anomia y el extremo individualismo generan el terreno propicio para que ello sea así: “pero el aislamiento solitario no opera sólo negativamente sobre el individuo. Tal aislamiento reduce el mundo del individuo al yo, que ahora se descubre a sí mismo como una interioridad.” (Gutiérrez 590)

La interioridad de Ágata, a medida que se acopla a la vida citadina, se convierte en una cárcel. A lo largo de la segunda parte, el único momento de ruptura se da cuando aparece Sotero quien, momentáneamente, hace que Ágata abandone ensoñación evasiva extrema para abrirse más a la realidad. Esto, empero, no habrá de perdurar, pues luego de la fractura amorosa, la evasión se convierte en el único mundo habitable por ella, y se convierte, así, en vehículo del nihilismo absoluto.

Así pues, el otro personaje que interesa analizar en esta parte –y que es la contraparte de Nicanor Cruz– es el ya mencionado Sotero. Se trata de un abogado de la ciudad, representante de la clase social ascendente, envuelto en las problemáticas administrativas y comerciales de la dinámica urbana, digno representante de los oficios burocráticos que caracterizan a toda metrópoli. A diferencia de Nicanor Cruz, Sotero se presenta como hecho para la vida agitada, llena de placeres, comodidades y libertad. Su personalidad no es la de un fatalista ni la de un “amargao”, tal como se representa al esposo de Ágata en la primera parte de la novela. Tampoco puede decirse que sea un nihilista ni que porte este malestar; en el caso de Nicanor Cruz, habíamos dicho que al principio no lo era, pero que, debido a la desilusión constante, había terminado por convertirse en uno. Sotero se muestra como el espíritu de la vida, acompañado de una voluntad y de un deseo de dominación que se contraponen al nihilismo. La descripción que nos da la narración da cuenta de este hecho: “Sotero, en un torbellino, hablaba de literatura y de música; tenía verdadero gusto en recitar frases, dísticos, trozos de poemas en los cuales, de un modo fatal, su yo venía a ser el centro del caso. Parecía haber aprendido todo cuanto se le antojara digno de aplicárselo él mismo (...) Le gustaba hacerse oír, escucharse él mismo, y sin duda no se había preguntado nunca si gustaba o dejaba de

gustar. Toda su persona proclamaba a gritos aquella profunda convicción: la vida es de quien la toma.” (Mallea 132)

Al lado de este personaje, Ágata va a experimentar un abandono momentáneo del nihilismo. La fuerza del amor y del placer transforma a Ágata en una persona distinta y con la capacidad de abrirse a nuevas posibilidades. Sin embargo, como ya advertíamos en el anterior capítulo, el nihilismo se manifiesta paulatinamente en la narración, siendo el final de cada una de las dos partes de la novela los puntos cúlmines del nihilismo, aunque en medio pueda haber una fuerza que contrarreste momentáneamente la angustia y la desesperanza. Así, cuando Ágata estaba al lado de Nicanor Cruz, la ilusión del matrimonio fue una especie de paliativo para la desesperación; y cuando se encuentra al lado de Sotero, el placer funciona como una especie de pócima vital para el nihilismo. En este sentido, Sotero es la voluntad y el deseo individual que Ágata no ha logrado encontrar en su propia vida: “reía el doctor Sotero a mil leguas por encima del mundo, seguro de él y prácticamente dueño de todo, como un Dios que hubiera arrojado de sí la adolescencia para entrar en terreno mucho más propio de la mayor experiencia.” (Mallea 132)

II. Relación amorosa y ruptura entre Ágata y Sotero

La primera temporada de Ágata en la ciudad fue de encanto e ilusión, aunque el malestar nihilista nunca hubiera desaparecido. La experiencia de encontrarse en un entorno de movimiento y de agitación la llenaba de expectativa; sin embargo, seguía siendo la mujer aislada y atrapada en la imaginación y el recuerdo. El malestar tenía rostro y nombre: Nicanor

Cruz. La imagen de su esposo significaba para ella la evidencia de que el vacío y la angustia todavía permanecían en su consciencia y que su vida seguía siendo igual de desgraciada:

“¡la noche oscura del alma! ¿cómo llamar, sino así, al despertar cada día siendo presa de aquel corazón áspero? En la cueva de cada hora y en el abismo del día, ¿qué espera encontrar esta ilusa vehemente? Todo la acosa; solo el tiempo le era antes salida, y ahora esta puerta comienza también a cerrarse. Sentada en su cuarto de hotel, ya nada le da contento. Con cada mañana, con cada atardecer, con cada noche de sueño consume su vida, y si semanas antes había olvidado del todo –o casi- aquel fantasma de piel negra, aquellos ojos y aquellas risas que la desgarraban, tenaces, odiosos, el tiempo parece ahora gozarse en armar ante ella el recuerdo crudo.” (120)

La actitud de Ágata no se transforma hasta que aparece Ema de Volpe, mujer de costumbres liberales y que, dentro de la narración, abre nuevas posibilidades para la protagonista, en la medida en que a través de ella conoce a Sotero. Ema de Volpe, al ver la falta de voluntad de Ágata para disfrutar la vida, la increpa mencionando el hecho de que, ahora que vive en la ciudad, debe de rehacer la vida. Como mujer que se contrapone a las costumbres de la vida de campo y que representa un tipo de vida burguesa, Ema de Volpe posee una ética de placer y de libertad, y por ello le extraña que Ágata pase sus días sumida en la tristeza y la soledad: “y Ema de Volpe, al jugar con las charlas, buscaba en vano la confianza de esta especie de india, tan pronto visitada por una sonrisa blanda, larga y un poco triste, como de aquella repentina, celosa, obcecada clausura: bah, está loca –rumearía por dentro, y le decía-: tiene usted que pensar en rehacer su vida cuanto antes... (Mallea 177)

La influencia de Ema de Volpe se evidencia en el hecho de que sirve como el primer impulso de querer sacar a Ágata del nihilismo y mostrarle formas distintas de vivir más allá de la pesadumbre y de la angustia. Las invitaciones que Ema de Volpe empieza a ofrecer a Ágata son el comienzo de una ruptura momentánea con respecto al nihilismo pasivo. La ilusión de haber encontrado un sentido, una motivación o una coordenada vital para situarse en el mundo, hacen que Ágata, por poco tiempo, se transforme en una nihilista activa. El amor, como experiencia fortificante, va a ser el punto detonante de una experiencia que, fatídicamente, va a acabar de nuevo en angustia y vacío, y que va a llevar a Ágata al nihilismo absoluto, pues como hemos dicho anteriormente, la derrota y la desesperanza son la constante en la narración, por más que haya intervalos de ilusión.

Ágata conoce a Sotero en una de las invitaciones que Ema de Volpe le hace. Tanto ésta como aquél pertenecen a un mismo grupo de amigos, que comparten la misma actitud hacia la vida: se trata de personas de la clase media de la sociedad, que viven de acuerdo con ideal burgués de la vida buena, en cierto modo hedonista. En contraposición con las personas que Ágata conoció en el campo, cuyas personalidades coincidían con la infertilidad de la tierra, los integrantes del grupo de Ema de Volpe se caracterizan por tener una mentalidad abierta y alejada de los prejuicios sociales. La narración define a Ema de Volpe de esta forma: “semejaba haber nacido para encogerse de hombros, ante todo. Yo soy lo que en Francia llaman una manfichista. ¿Cree usted me voy a alterar por las cosas? ¡Bah! Soy ligera de cascos, y me alegro por mí...” (115) Y también dice que “era de Rosario y se había separado de dos maridos. ¿Qué quiere usted? No he nacido para amamantar burguesotes. Me gusta andar como el viento, donde me antoje.” (116) Estas breves palabras describen a cabalidad

la personalidad de Ema de Volpe y sirven como un preámbulo para dar entrada a una fuerza hedonista aún mayor, que lleva por nombre Sotero.

La relación que se entabla entre Ágata y Sotero se sostiene en el principio del placer. Es importante mencionar esto porque, como hemos dicho atrás, Sotero se contrapone a Nicanor Cruz en la medida en que éste termina siendo consumido por su actitud nihilista y aquél representa la fuerza de la voluntad, aunque una voluntad que, sin tener plena consciencia, se ahoga en el placer, a pesar de que ello signifique al mismo tiempo una vitalidad mayor. Lo que importa señalar aquí es que la unión de Ágata y Nicanor Cruz se sostiene en el principio moral y sagrado del matrimonio, mientras que la conexión que se establece entre ella y Sotero se manifiesta más en el principio del placer y el erotismo. Al no poder ser el matrimonio el paliativo para el nihilismo pasivo, en la medida en que el deber conyugal no era suficiente para establecer un sentido y un propósito a la vida, en reemplazo aparece el placer como remedio ante el vacío de la existencia. Ante la infertilidad del matrimonio, la relación más libre del erotismo se mostraba como la solución; sin embargo, lo que parecía ser la panacea del alivio, termina por convertirse en un veneno aún peor, y ello porque, como dice Nietzsche, el nihilismo se manifiesta una vez que el individuo se ha convencido de que ha buscado en todas partes y en nada ha encontrado un punto de seguridad y sentido:

“el nihilismo, como estado psicológico, aparecerá, primeramente, cuando hayamos buscado un sentido a todo lo que pasa, que no está en lo que pasa: hasta el punto de que el que busca acaba por abatirse. El nihilismo es, entonces, el conocimiento de un largo despilfarro de fuerzas, la tortura que ocasiona este en vano, la incertidumbre, la falta de ocasión de rehacerse

de algún modo (...); de tranquilizarse sobre cualquier cosa; la vergüenza de sí mismo, como si hubiéramos estado engañados mucho tiempo...” (Nietzsche 21)

Ni siquiera la experiencia erótica se transforma en una redención del vacío y de la angustia. Una vez que esta posibilidad se agota, Ágata retorna una vez más al nihilismo pasivo, a la huida de los recuerdos y a la desesperación total. Como expresa la cita anterior, extinguidas las posibilidades de sentido, todo en la vida de Ágata se torna en un “en vano”, en un transcurrir sin sentido, en una desesperanza constante y sin miras a consolidar un propósito a futuro. No obstante, antes de que esta eclosión máxima del nihilismo ocurra, Sotero toma la función de ser un dique y una ocasión para que la última esperanza de Ágata pueda hacerse realidad. Al ser Sotero una imagen de la voluntad hedonista –que no por ello significa que posea mayor “consciencia” que el resto de personajes-, Ágata se pliega a él como intento de salvación ante la mortificación que causaban los recuerdos de Nicanor Cruz. El fuerte deseo de poseer la vida, de dominarla y hacer de ella lo que más se gustase, en especial a través del gozo y el disfrute de los sentidos, habría de convertirse en el vínculo que uniría a Ágata y Sotero.

Esta vocación por la vida se presenta como un triunfo de la voluntad sobre el nihilismo pasivo. Al ser la voluntad la pulsión que tiende hacia la vida y rechaza el impulso de la muerte, o al menos hacia la decadencia y la descomposición que produce la actitud de vacío, angustia y desesperanza, Sotero se muestra como la garantía de que otra posibilidad de vida puede ser realidad, y que la falta de voluntad convierte la existencia en una carga pesada y sórdida. El nihilismo pasivo de Ágata desaparece transitoriamente debido a la fuerza magnética que proviene del ardiente deseo de existir por parte de Sotero:

“estaba ebria y dispersa, y no por el espíritu del alcohol sino por aquel repentino transvase, trasiego a su cuerpo de una sensación disolutiva, como si toda la sustancia se le hubiera esfumado del cuerpo y estuviera ahí hecha gozo puro, y miedo. ¡Ah, qué alejamiento del cuerpo, qué liberación de todo peso, vuelta trance; ¡y al mismo tiempo, quién sabe, viva! (...) La caza estaba dentro de ella, cazada, hecha ella misma, hecha su minuto de liberación. Y miedosa de pensar del todo la circunstancia, de contar todavía demasiado con aquel hombre, sólo rozaba, en lo que tenía de inmóvil, la idea de estar librada a una salida, de estar fuera de su madriguera, de moverse hacia un aire increíblemente más respirable...” (Mallea 134)

La disolución que experimenta Ágata en este punto se diferencia de la que va a experimentar hacia el final o la que había experimentado con Nicanor Cruz; mientras que estas dos pueden considerarse el triunfo del “valor de la nada”, del sin sentido, la disolución producida por la alegría de haber encontrado a una persona que la impregna de voluntad, se presenta como lo más cerca que había estado de la “salvación”. Tanto es así que durante el idilio que vive junto a Sotero los recuerdos de la infancia y de la adolescencia –además de los recuerdos de Nicanor Cruz- van a desaparecer de la narración, y la interioridad obsesiva de Ágata también habrá de mitigarse en la medida en que deja de vivir para sus pensamientos y pasa a disfrutar del ambiente exterior de la ciudad.

El desengaño producido por la tragedia amorosa convierte a Ágata en una convencida en el hecho de que nada puede ofrecer un sentido ni una realidad sólida, que nada puede ser una coordenada o un principio para sustentar la voluntad. Al respecto dice Nietzsche que “por consiguiente, la causa del nihilismo es la decepción ante un pretendido fin del devenir, ya se refiera esta decepción a un fin completamente determinado, ya sea que, de una manera

general, se advierta que todas las hipótesis de un fin sustentadas hasta hoy (...) Si al principio el fin de Ágata había sido encontrar en el matrimonio una salida para la soledad que había vivido en su infancia y adolescencia, el propósito del amor carnal era encontrar la salvación y el escape definitivo ante la decepción constante que había sido toda su existencia. Bien dice Nietzsche que esta decepción que lleva al nihilismo se da en el momento del desengaño con respecto a los deseos individuales que se tiene la esperanza de ver cumplidos en la realidad, pues “el *cumplimiento* de un canon moral superior, en todo lo que ha sucedido, el mundo moral; o el acrecentamiento del amor y de la armonía en las relaciones entre los seres; o la realización parcial del estado de felicidad universal; o también la disolución en una nada universal: un fin, cualquiera que éste sea, sirve para dar un sentido a las cosas.” (21)

Este punto límite de felicidad habría de ser el último y el momento de inflexión para dar paso a la angustia y la desesperanza. Por un momento, la derrota existencial parecía que tenía poder sobre Ágata y que nada de lo que vivía era “en vano”:

“al acordarse de esos días había de pensar algo después, con obstinación, que fueron de felicidad absoluta. ¿Por qué –pensaba en los momentos de mayor lucidez- siendo la felicidad el estado más alto de plenitud es también el que más se parece al balbuceo? ¿O es que la felicidad no era eso, sino lo que iba a venir, lo que iba a llegar después? Cavilaba. Todo aquel frenesí, ¿podía ser más que un comienzo? ¿Podía la felicidad llegar ahogar como el infortunio? (Mallea 138)

III. Punto final del nihilismo pasivo de Ágata

La ruptura que se produce en la relación entre Sotero y Ágata se debe a una intriga de negocios. La narración nunca aclara qué clase de negocio es el que obliga a Sotero a marcharse y a abandonar a Ágata. Se menciona el nombre de “Organización”, pero nunca se dice si se trata de un movimiento político o de una actividad ilícita y clandestina: “ya sabe que va a encontrar a ese hombre distraído hacia quién sabe qué cosa de la Organización. De la Organización él le ha hablado una que otra vez, vagamente, y ella no ignora que esa vaga entidad de Buenos Aires es culpable de que este jovial a veces se ensombrezca (...)” (Mallea 153) Es probable que la “Organización” fuera un grupo político, pues se menciona que el comienzo de la guerra en Europa trae consecuencias directas para el funcionamiento de la Organización: “y en efecto, aquella tarde, él va una y otra vez al teléfono y manda buscar el diario, y las noticias de la guerra –rebosantes de consecuencias para la Organización- lo abstraen, lo alejan.” (Mallea 154). Es en este punto, cuando Sotero decide huir para proteger los intereses del grupo, que la ruptura se consuma. Este hecho puede parecer insignificante, sin embargo, remarca una característica de la personalidad de Sotero quien, a pesar de su voluntad hedonista de vida, es pragmático y utilitarista, para quien el amor no va más allá de la pasión erótica y no necesariamente aspira a una elevación humana. No debe sorprender tal actitud, pues la moral utilitarista nace en los centros urbanos y es allí donde más se la encuentra.

Si el matrimonio –código moral establecido por la tradición- había decepcionado a Ágata, ahora la desilusión provenía de la pasión erótica que, al igual que lo primero, no había dejado satisfacción. Mientras el placer había surtido efecto como paliativo, el nihilismo pasivo de Ágata se hubo de desdibujar y fracturar; no obstante, como consecuencia de la ruptura

amorosa, este vuelve y la encamina hacia la desesperación y angustia totales. En este punto de la novela, la decepción se manifiesta con toda la fuerza, en la medida en que Ágata ya no tiene posibilidad de asegurar un ideal para aferrarse a la vida: “por primera vez Ágata se pregunta qué va a pasar, qué va a ser de ella si este sortilegio se rompe. La soledad sirve mientras no hayamos sentido lo que hay de mejor. Pero el místico, el enamorado, ¿cómo van a volver de la gracia al desierto y la aridez sin traer la muerte en sí? Tiembla. La sola idea de que esto sea posible la aniquila.” (Mallea 159)

En los últimos capítulos de la novela hay un hecho que nos parece de suma importancia mencionar. A lo largo de toda la narración no se había hecho mención de la religión ni del cristianismo, pero luego de que Sotero abandone definitivamente a Ágata, la necesidad de buscar en la religión una salida ante la desesperación se vuelve insoslayable. Por primera vez, la protagonista se acuerda de los valores religiosos, y en vez de recurrir de entrada a la evasión de la imaginación, intenta ligarse con la experiencia de la divinidad: “después de una noche imposible, aquel 2 de abril se levantó aterrada. Al cabo de una sola hora de sueño, despertó a una sola idea: rezar. Ella misma se salía al paso para preguntarse: ¿Qué es este absurdo?, y contestarse del otro lado: Es necesario.” (160). Pero el impulso repentino de unirse y de disolverse en la experiencia religiosa desaparece tan rápido como había nacido en el alma de Ágata; a pesar del intento, no encuentra tampoco en la religión una salida:

“¿Qué alivio entrar en la oscuridad tibia del templo, partir con su cuerpo el macizo olor a incienso, a cirios! El oscuro canal, y allá al fondo, el santo temblor de las diminutas llamas escalonadas... Por un instante, ella permanece de pie. ¿Qué van a decir sus labios? Nada tiene que hacer allí. Es una intrusa. Su presencia desvirtúa esa casa. Aspira el denso olor

litúrgico. Y como si esa estación no fuera su ruta, como si se hubiera equivocado, sale de allí, se reintegra al frío de la mañana.” (161)

Este hecho nos parece de suma importancia para entender por qué el nihilismo pasivo de Ágata termina triunfando y llevándola a una especie de muerte simbólica. Ágata intenta encontrar en las valoraciones y costumbres cristianas un remedio para la angustia. Sin embargo, al ser ella portadora de la actitud nihilista del hombre moderno, es incapaz de volver a vivir de acuerdo con los ideales religiosos. Y como, además, porta el peor de los nihilismos, el pasivo, no puede encontrar una nueva voluntad que la transforme, al menos, en una nihilista activa. La pasión erótica supuso un paliativo fugaz, pero no bastó la contingencia del placer para llenar el vacío y la angustia que sentía, y, al ser débil para formarse una nueva tabla de valores y de forjar una voluntad, no le queda otra que sumirse en la desesperación. En este sentido, las siguientes palabras de Nietzsche describen con exactitud la situación existencial de Ágata, en tanto que ningún consuelo hecho por el ser humano basta ya para salir del nihilismo, ni siquiera la religión:

“se acercan los tiempos en que habremos de pagar muy caro haber sido cristianos durante dos mil años: estamos perdiendo el punto de apoyo que nos hacía posible la vida: ignoramos de dónde venimos ni adónde vamos.” (27)

De esta manera, Ágata ya no tiene un sentido al cual aferrarse, y es a partir de este momento que ella empieza a deambular por las calles de Bahía Blanca y, posteriormente, en las calles de Ingeniero White, lugar donde vivió su infancia y adolescencia, con el objetivo de aferrarse todavía más fuerte a los recuerdos, único paliativo que funciona como dique antes de que estalle el nihilismo absoluto. Sin embargo, ya el parásito estaba incubado, y el desarrollo del

nihilismo total fue imparable: “al cabo de ese interminable mes cayó sobre ella el peso de una extraña, incoercible inmovilidad (...) Había llegado a ingerir no más que algún líquido, algún resto de comida fría que le dejaban en el cuarto. Y empezó a vivir como en una dormitación, en una abstracción total, sin que el tiempo contara para ella.” (Mallea 179) En el alma de Ágata sólo había en ese momento vacío y angustia: “¿Cómo se puede llegar a un desinterés total por el mundo! Atención y memoria alcanzaron al fin en Ágata un estado de muerte. Sólo los movimientos maquinales parecían gobernar a esa figura que la pequeña población de Ingeniero White veía llegar taciturna (...) (179)

Ágata era una muerta en vida, una persona que sólo vivía mecánicamente, sin emoción, sin razón, deambulando sin propósito. A toda costa, Ágata intentaba hallar un motivo para desaparecer: “había cesado absolutamente de pensar, de preocuparse, de hacer tal o cual cálculo. Sumergida en la densa abstracción, el solo estar en aquel pueblito la comunicaba con ciertos elementos que la adormecían como un opio en su facultad de sufrir.” (180) La disolución nihilista había emponzoñado toda posibilidad de esperanza y de salvación. Ya no había voluntad hacia la vida, ahora lo que predominaba era una tendencia inevitable hacia la muerte: “¿comunión? ¿Quién pensó llamarla nunca a comunión? ¿Dios, la tierra? Nadie, nada (...) Los que han sido queridos, los que han querido en la tierra, esos llevan algo. Pero los que de aquí no se llevan nada, los que no se llevan más que la semilla de la soledad eterna...” (Mallea 181)

En este punto de la novela y de la vida de Ágata, el panorama se muestra completamente desolador. No había escapatoria, y las pocas acciones que ella hubo de tomar para intentar salir del tormento, todas habrían de terminar en la soledad y el desengaño. Si Nicanor Cruz

había muerto en su terquedad de querer hacer frente a un suelo infértil, ahora Ágata se sumía en la nada desgarrada por la angustia. Ni siquiera la religión podía tener más fuerza que el nihilismo. Ya la metástasis de este horrible cáncer había invadido por completo el espíritu de Ágata: “no tuvo noción ni sentido, por vago que fuera, de cuanto la circundaba, del pueblo o de la enorme calma dominical o de la imagen que estaba a unos pasos, ese bulto de madera borrosamente escrito: *Ego sum via, veritas et vita*, lo cual quiere decir: yo soy la ruta, la verdad y la vida.” (202) En la vida de Ágata, ni el matrimonio, ni la vida agitada de la ciudad, ni el amor pasional, ni el consuelo de Dios fueron remedios efectivos contra el nihilismo, pues nunca halló en ellos su individualidad, ni pudo encontrar la lucidez; por el contrario, se termina convirtiendo en una sombra ambulante incapaz de reconocerse, y esto puede observarse en el final de la novela, cuando se sumerge en la oscuridad, en una muerte simbólica donde la actitud nihilista la ha carcomido: “tan sólo muy tarde se levantó precipitadamente, como llamada por un grito, y, sin dirección ni discernimiento, echó a correr contra la oscuridad.” (Mallea 202)

CONCLUSIÓN

A lo largo de esta investigación se ha intentado dar una interpretación filosófica y socio – histórica de la novela de Eduardo Mallea, y para ello el tema principal ha sido el malestar del nihilismo, que, desde la hipótesis planteada, podía encontrarse en las actitudes y acciones de los personajes, del mismo modo que el ambiente podía ser considerado un símbolo, en forma de analogía, con respecto a lo que los personajes estaban experimentando. Con miras a este objetivo, la investigación ha pretendido enfocarse principalmente en dos espacios y en tres personajes.

Por un lado, el análisis de las condiciones de la zona rural, además del conflicto entre Ágata y Nicanor Cruz, fue el primer momento de rastreo del nihilismo en la narración. Y se ha encontrado que, en efecto, los personajes, cada uno desde su nihilismo, ya sea pasivo o activo, son incapaces de lograr que los deseos y esperanzas individuales se vean realizadas en el plano de lo real, y, por tanto, el ambiente en el que habitan es también decadente e infértil, como símbolo de la experiencia nihilista de los personajes. Por otro lado, el siguiente análisis fue entender el contexto de la zona urbana y de la relación conflictiva entre Sotero y Ágata. En este punto de la investigación, la evidencia de los hechos de la narración hace verosímil

entender a los personajes desde la óptica de la voluntad y del nihilismo, además de contraponer la experiencia de la decadencia del campo con la forma de vida agitada y saturada de la metrópoli.

Los personajes se han adecuado particularmente bien al marco de análisis propuesto. La tríada compuesta por Ágata, Nicanor Cruz y Sotero se amolda a la perspectiva nihilista; por ejemplo, Ágata se encuadra dentro del nihilismo pasivo; Nicanor Cruz, dentro del nihilismo activo; y Sotero dentro de una voluntad hedonista, aunque no plenamente consciente, y por ello no ajeno al absurdo existencial. Los tres son personajes rotos y fracturados; ninguno de ellos cuenta con una consciencia lúcida, ni con una voluntad imponente.

Por su parte, Ágata, en cierto modo por naturaleza, es un personaje incapaz de salir del vacío existencial; por momentos tiene visos de esperanza, pero el desengaño y la desilusión se proyectan sobre ella nuevamente. En el caso de Nicanor Cruz, se trata de un hombre que, a pesar de las derrotas constantes que la vida le entregaba como recompensa al trabajo duro, en la mayor parte de la novela no perdió la esperanza de ejercer una voluntad en la realidad, aunque esta voluntad siempre se viera fracturada. En cierto modo, Nicanor Cruz es la acción (aunque sin frutos), mientras que Ágata es la contemplación perdida en los fantasmas de la imaginación y de los recuerdos. Y, por último, Sotero representa un tipo de voluntad ciega, atrapada en el placer y en lo efímero, pero sin duda con un poco de mayor lucidez que los otros dos personajes.

Esto es así porque, aunque Mallea no haya querido describir el malestar del nihilismo, la temática de sus obras, que gira en torno a la agonía espiritual, la soledad y la anomia social, da cuenta de unos hechos que bien pueden extrapolarse al problema del nihilismo moderno,

y que, a nuestro modo de ver, se conecta insoslayablemente pues parte del mismo proceso secular de la modernidad. Por ello no parece arbitrario tomar las novelas de Mallea y a sus personajes como representaciones del nihilismo.

El nihilismo de Ágata y de Nicanor Cruz son experiencias agónicas, cada una desde su horizonte. La agonía de Ágata se muestra en su incapacidad de actuar, en su obsesiva interioridad, en la cárcel de su imaginación y de sus pensamientos, que nosotros hemos dado en llamar aquí nihilismo pasivo. Nicanor Cruz padece de otra agonía, que se manifiesta en su caso en la lucha a muerte contra la tierra. La batalla por la fertilidad de la tierra lo absorbe y, al no poder conseguir su objetivo, queda encarcelado en un “en vano”, en una infecundidad de espíritu y de esperanza. Esta actitud de Nicanor Cruz la hemos dado en llamar aquí nihilismo activo, pues a toda costa se busca una salida para el vacío existencial, aunque sea a través de una voluntad ciega y rota. En cuanto a Sotero, no se puede decir que padezca de agonía. Los hechos de la narración nos han llevado a concluir que, al ser un representante de la vida de ciudad, cómoda y placenteramente burguesa, adormece el vacío existencial a través de un estilo de vida hedonista, creyendo hallar en él un paliativo contra el nihilismo. Su caso es complejo en la medida en que hay voluntad de su parte, pero una voluntad de alguna forma fracturada por el deseo de placer, una voluntad sin consciencia plena.

Hay un hecho narrativo que nos parece de suma importancia al momento de entender a Ágata en su encrucijada nihilista. Como tal, la religión no ocupa un argumento central dentro de la trama; sin embargo, hacia el final de la novela, hay un momento donde Ágata siente la necesidad de rezar y de asistir a una iglesia. Este momento es de importancia mayor si se quiere plantear la idea de que la protagonista representa el malestar del nihilismo moderno;

es decir, la religión y el nihilismo se encuentran fuertemente emparentados, pues uno deriva del otro: la decadencia de los valores metafísicos y cosmogónicos sumen al hombre en una actitud nihilista, en una tendencia hacia el “valor de la nada”, que demanda la necesidad de pensar que lo que hasta el momento ha creído el ser humano ha sido “en vano”, producto de la vanidad del corazón de los hombres, mas no una verdad, pues ésta se presenta, de entrada, imposible para todo nihilista. No es arbitrario que, como planteamos en el capítulo tercero, Ágata rechazara la invitación final de la religión (*ego sum via, veritas et vita*) y se sumieran en la oscuridad simbólica de la muerte. Cuando Ágata rechaza esta invitación, se adentra en lo más profundo del abismo nihilista, donde ninguna verdad ni esperanza ni consuelo son posibles.

Ágata, de todos los personajes, es la más nihilista, puesto que Nicanor Cruz y Sotero, a pesar de estar rotos y fracturados espiritualmente, al menos cuentan con esperanzas (aunque sean vanas), como lo son la prosperidad de la tierra y el hedonismo de la vida, respectivamente. En cambio, Ágata no encuentra salida ante el malestar que siente. Al principio creyó encontrar en el matrimonio un escape; también intentó hallar en la pasión erótica y hedonista una huida; y, desde luego, pensó que en el consuelo de la religión podía encontrar la redención; sin embargo, ninguna de estas posibilidades fue suficiente para la salvación de su espíritu y de su vida, y por ello la novela termina con su muerte simbólica, con la perdición en las tinieblas y la oscuridad. No hubo fuerza moral ni ideal que pudiera dar voluntad vital a su existencia, antes bien, el parásito del nihilismo se hubo de adueñar totalmente de su vida. En este sentido, el trabajo fue desarrollado en tres capítulos. El primer capítulo estuvo dedicado a analizar las relaciones entre filosofía y literatura, en especial las conexiones

posibles entre la obra literaria de Eduardo Mallea y la filosofía existencialista tanto en su faceta europea como hispanoamericana, además de la definición y de la pertinencia del concepto de “nihilismo” dentro del marco de la investigación. Y de este capítulo se puede decir que cumple con el objetivo, en la medida en que el mismo Mallea ofrece evidencia suficiente, tanto en su obra literaria como ensayística, de que no hay incompatibilidad entre un posible análisis filosófico y literario en *Todo verdor perecerá* (1943).

En los dos siguientes capítulos, el análisis se centró en entender las relaciones entre la interioridad de Ágata (y los demás personajes) y los acontecimientos exteriores. Así, el segundo capítulo estuvo dedicado a comprender la actitud nihilista de Ágata y el entorno de la vida rural y agraria, y se puede decir que los hallazgos investigativos fueron fructíferos en la medida en que sí existe suficiente evidencia de cómo el entorno del campo se convierte en un terreno fértil para que Ágata recrudezca su actitud nihilista. Además de esto, el matrimonio y la vida conyugal al lado de Nicanor Cruz también fueron causa de un mayor sentimiento nihilista debido a la infertilidad del amor matrimonial.

Y, por último, en el capítulo tercero, de una manera semejante al segundo, se analizó el entorno de la vida citadina y de cómo el malestar del nihilismo de Ágata no desaparecía en el movimiento febril del mundo moderno, si no que, por el contrario, aumentaba todavía más. De esta manera, se puede decir que la evidencia permite concluir que el nihilismo pasivo de Ágata actúa también en la vida civil, y que, a pesar de experimentar un amor diferente al conyugal, mucho más pasional y erótico, al lado de Sotero, esto tampoco fue suficiente para convertirse en una persona alejada de la actitud nihilista; por el contrario, la desesperación y la desilusión llegaron a tal punto, que Ágata se debe enfrentar a una muerte simbólica al final

de la novela, lo cual nos lleva a concluir que el nihilismo ha absorbido todas sus esperanzas e ilusiones.

En definitiva, habíamos planteado el problema inicial de encontrar y de entender la encrucijada que impedía que los deseos interiores de los personajes se hicieran realidad en el plano de la realidad, y cómo este hecho hacía nacer en ellos la actitud nihilista. Pensamos que el análisis presente demuestra y corrobora esta idea, pues los personajes analizados, en especial Ágata y Nicanor Cruz, se encuentran en la encrucijada entre el deseo y los resultados de la acción, que se evidencian como un “en vano”, sin sentido verdadero. Ágata, por supuesto, representa aún más esta desvalorización de los ideales de la existencia, cuya consecuencia definitiva no puede ser otra que la muerte, la angustia y la desesperanza: en conclusión, el nihilismo absoluto.

BIBLIOGRAFÍA

Abbagnano, Nicolás. *Historia de la filosofía*. Barcelona: Hora Sa Editora Distribuidora, 2015.

Bajtín, Mijaíl. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus, 1989.

Baralis, Marta. *Eduardo Mallea: coherencia de una vocación*. Editorial: Ed. de la Univ. Nacional del Litoral, Santa Fe. Argentina. Año de publicación: 1963.

Cardona, Sindy. *La literatura existencialista en América Latina: el cuestionamiento del ser y de la sociedad*. Revista de la Universidad Nacional de Cuyo, Vol. 7 Núm. 1 (2016).

Corelli, Albino. *El pensamiento rebelde de Roberto Arlt*. Universidad nacional de litoral. 1967-03, pp. 49-60.

Coffin, Judith, y Robert C. Stacey. *Breve historia de Occidente*. Barcelona: Planeta, 2012.

Figuroa Weitzman, Rodrigo. *El concepto de angustia en Soren Kierkegaard*. Revista de Humanidades, núm. 12, diciembre, 2005, pp. 49-81

Fraguas, José. *Estética y política en los existencialistas argentinos*, 2020, Vol. IV, N° 8 Págs. 68-75. ISSN: 2469-150

Fries, Heinrich. *El nihilismo. Peligro de nuestro tiempo*. Barcelona; Editorial Herder, 1967

Gertel, Zunilda. *La novela de Mallea como método de conocimiento*. Cuadernos Hispanoamericanos. 412. (1984). 178 – 184.

Gutiérrez Girardot, Rafael. *América sin realismos mágicos*. Repositorio Universidad de Antioquia, <http://biblioteca.udea.edu.co:8080/leo/handle/123456789/4181>

Gutiérrez Girardot, Rafael. *Literatura y sociedad en Hispanoamérica. Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 224-225 (agosto-septiembre 1968), pp. 579-594

Izquierdo Rojo, María. *Onetti, el hombre de la cara aburrida, y el fracaso existencial*. Revista Letral. Número: 2, 2009, Páginas: 52-76.

Jiménez, Juan Carlos. *Múltiples miradas: un breve recorrido hacia la literatura comparada y su uso pedagógico en el contexto universitario. Propuestas pedagógicas alrededor del lenguaje en la educación superior*. Ed. Moncada Acevedo, Alejandra. Medellín: Universidad ITM, 2021. 123 – 139.

Mallea, Eduardo. *El sayal y la púrpura*. Buenos Aires: Editorial Losada, S. A., 1947.

Mallea, Eduardo. *Obra completa*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1975.

Mallea, Eduardo. *Todo verdor perecerá*. Madrid: Editorial Revista de Occidente, 1969.

Mallea, Eduardo. *Notas de un novelista*. Buenos Aires: Emece Editores, S.A., 1954.

Nietzsche, Friedrich. *Voluntad de poder*. Madrid: Editorial Edaf, S.L., 1985.

Prini, Pietro. *Las tres edades del existencialismo*. Monteagudo: revista de literatura española, hispanoamericana y teoría de la literatura.19. (1957) págs. 4-19.

Pérez, David. *La crisis de 1929 y la depresión económica de los años 30*. 2014. Universidad de Valladolid, Trabajo de grado.

Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores, 2011.

Sales de Nasser, Dolly. *Los siete locos de Roberto Arlt: un existencialismo avant la lettre*. En: Revista de Literaturas Modernas, No. 32, p. 137-145. Dirección URL del artículo: <https://bdigital.uncu.edu.ar/1453>. Fecha de consulta del artículo: 11/09/24.

Segovia, Juan Fernando. *La revolución de 1930. Entre el corporativismo y la partidocracia*. *Revista de Historia Americana y Argentina*, N° 41, 2006, U. N. de Cuyo

Valencia, Mario Armando. *Principios estéticos de la novela urbana, crítica y contemporánea*. *Calle14*, Vol. 3 Núm. 3 (2009): Arte y Cultura.

Volpi, Franco. *El nihilismo*. Buenos Aires: Biblos, 2005.

Williams, Raymond. *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Prometeo, 2017.